REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 15 de Junio | Núm. 23

Año XVI—No. 735

SUMARIO

Las tres Teresas ... *Azorín*
A propósito de Sta. Teresa de Jesús ... *Juan Domínguez Berrueta*
Mi monumento a Atahualpa ... *Alberto Guillén*
Para eso estoy yo aquí ... *Corina Rodríguez*
¿Qué hora es...?
Las niños, no ... *Gabriela Mistral*
Contra la antiniñez ... *José Carner*
En memoria de Félix Lorenzo ... *Benjamín Jarnés*
Félix Lorenzo ... *Antonio Espina*
Maimónides ... *José Pijoán*
Sobre Maimónides ... *Gregorio Bermann*
Los primeros versos ... *Fernando Luján*
Vuelvan los ratones ... *Juan del Camino*
Los primeros versos ... *Gertrudis Montalbán*
Señales de los nuevos tiempos ... *«Grupo América»*
Omar Khayam en Alloway ... *Adolfo Salazar*

Las tres Teresas

Por AZORIN

= De *La Prensa*.—Buenos Aires. 10, febrero, 1935 =

Una discretísima lectora de Buenos Aires me escribe para que yo hable de Santa Teresa. Y añade, un poco recelosa, que no hable mal de Santa Teresita de Lisieux. Digo un poco recelosa, porque siempre que un español habla de Santa Teresa suele tener alguna palabra de desdén para la santita normanda. No haré yo tal; no conozco bien a esta santa francesa. Conozco de ella lo que el común de las gentes conoce. Y no puedo hablar mal—ni bien—de lo que no conozco. Pero tengo viva simpatía por esta santa joven, que lleva el mismo nombre que la gran mujer de Avila. Para conocer bien a Santa Teresita de Lisieux, tendría que principiar por leer su biografía. Después, lo que han escrito acerca de ella: finalmente, tendría que meterme en el tren, o tomar un automóvil, e iría a su país. Por la Normandía no he pasado sino rápidamente. Fué en un día de primavera, hace muchos años. Llovía a ratos y a ratos hacía sol. Lluvia y sol sobre el manzanal. Lo que queda en mi retina, como recuerdo de Normandía, es un manzanal, tupido, verde, y una lluvia, entreverada de rayos de sol, cayendo sobre los manzanos. El suelo estaba revestido de jugoso tapiz de hierba. No sé si la santita que nació en Normandía tiene en su carácter cosas, rasgos y esencias de Normandía. Quiero suponer que sí. Los santos, como los demás hombres, participan de la tierra en donde han nacido.

Hablaré de Santa Teresa. No menospreciaré a Santa Teresita. Y con todo, confieso que después de muchos años de leer a Santa Teresa, de visitar los lugares por donde ella anduvo, y de meditar sobre los estudios que acerca de ella se han hecho, conozco apenas a la gran santa. Pero, ¿conozco a España? ¿Conozco la tierra donde he nacido? ¡Cuán difícil es conocer a un país, aunque sea el país nativo! Cuantos más años pasan, más me convenzo de la dificultad de conocer bien, conocer íntimamente, a un país. Leo libros extranjeros que hablan de España y por bien hechos que estén, no puedo menos de sonreír. La esencia de un pueblo, cosa tan fina, que escapa a sus mismos naturales, ¿cómo ha de ser prendida y captada por un extranjero? Para conocer a Santa Teresa, ante todo, leamos sus libros. Después viajemos por tierras de Castilla. Estemos una temporada en Avila; peregrinemos por los pueblos por donde ella peregrinó. El paisaje de Avila, si lo contemplamos desde lo alto de la ciudad, ¿está o no en armonía con el espíritu de la santa? Y este paisaje, ¿es severo, austero, hosco, o es apacible? Casi no lo sabemos. Vemos las tierras labrantías que se alejan en suaves y limpias ondulaciones. Contemplamos la lontananza en que se ve la pincelada azul de una montaña. Todo es límpido, claro y definido bajo la luz vivísima de la altiplanicie castellana. Decidimos que esto es Santa Teresa: un carácter limpio, claro, definido.

Santa Teresa de Jesús

Por *Fray Juan de la Miseria*

Pero al paisaje nos falta agregarle la visión de las casas y de las cosas. Nos metemos en una de esas casitas pobres en que paraba Santa Teresa cuando iba de camino. Todo es blanco y desnudo. No hay nada superfluo; ningún lujo. El supremo lujo es la sencillez. Gozamos del silencio, un silencio profundo, entre estas cuatro paredes blancas. La callejita se aleja retorcida. Luego hay una ancha plaza con soportales. Los mantenimientos son sencillos y nutritivos. Las gentes visten de negro. Y ya vamos completando el retrato de Santa Teresa. Tenemos, como rasgo capital, la apacibilidad en la energía. Porque todo esto que hemos visto, si es apacible, si es grato, si es dulce, tiene una profunda, indomable energía. Es enérgico, acusado, relevante, todo el perfil del paisaje, de las ciudades y de las cosas. Acusado sobre un cielo limpidísimo como el cristal luciente, como la porcelana brillante. ¿Necesitamos más? ¿No veremos ya, con esto, a Santa Teresa? ¿Y es que vemos así a su tocaya la santita normanda? La verán, si la ven, sus compatriotas. Nosotros no podríamos verla nunca. Los extranjeros dicen que ven así a nuestra santa; pero no es verdad que la vean. No podrán jamás llegar a la compenetración íntima fervorosa, conmovida, emocionada con un muro blanco de Castilla y con las cosas humildes de un menaje — la espetera de cobre sobre la cal blanca de la pared — y con el paisaje y con el cielo de España. No llegarán jamás a esa compenetración. Existe un cristal invisible, lo he dicho muchas veces, que nos separa de la esencia de un país en donde no hemos nacido. El cristal es todo lo claro y limpio que se quiera, pero al fin es un cristal.

Ahora nos falta salir de Avila con Teresa Sánchez de Cepeda e ir con ella por los caminos. Va con otra monja, en un carrito tirado por una mula. Hemos caminado vertiginosamente en los automóviles, o hemos viajado en coches arrastrados por briosos caballos, y no hemos viajado nunca en un carro de labradores. El autor de estas líneas sí que ha viajado mucho. Sin viajar horas y horas en un carrito de estos, yo os lo digo, creedlo, no podréis nunca llegar a comprender a la santa. Se mete el viajero en uno de estos carros y parece que no se avanza nada. Ante nosotros tenemos toda la inmensa extensión de la paramera castellana. Hay muchas leguas que andar para llegar al pueblo adonde vamos. El camino no

se acaba nunca. Tenemos que alimentarnos a mediodía con unos sobrios mantenimientos que llevamos apercibidos para el viaje. A lo lejos aparece la torre de una iglesia, y la estamos viendo una hora, dos horas, tres horas. Durante el lentísimo viaje, la santa conversaría con su compañera, meditaría largamente, rezaría tambien sus oraciones. Al llegar al pueblo, ya estaba entre las cuatro paredes embadurnadas de cal blanca a que nos hemos referido antes. Y le esperaban allí, no sólo las privaciones, las angustias materiales del vivir, la falta de recursos para la fundación del convento que iba a hacer, sino también las pasiones encrespadas de los hombres que la perseguían. Era pobre; estaba muy enferma; y por encima de eso, como si eso no fuera bastante, se veía víctima de la envidia, del malquerer, del despecho, de la calumnia. ¿Y no se necesitaba un temple de alma fortísimo para vencer todo esto: pobreza, enfermedad y rencor? Y no sólo para vencerlo, sino para vencerlo con cara alegre, jovial, animadora. Porque una de las cosas que Santa Teresa reprueba es la tristeza. Y porque, ante todo, en la vida debemos estar, sean cuales quieran nuestros dolores físicos y morales, con semblante apacible.

Ya creo que con esto nos hemos acercado un poquito a la gran mujer de Avila. Apacibilidad con energía perseverante. Eso es todo. No desdeñemos a ningún santo. Cada santo tiene su fisonomía especial. La tiene Santa Teresa de Avila y la tiene Santa Teresita de Lisieux. En España esta última cuenta con muchos devotos. No empece el culto a la mujer de Avila al culto a la adolescente de Normandía. ¿Quién podrá decir la variedad de santos que existen? Y entre toda esa enorme variedad, ¿a qué lado nos inclinaremos? Se habla mucho de Santa Teresita de Lisieux. En España hemos tenido, aparte de Santa Teresa, otra Teresita. No es santa; no llega más que a venerable; pero es mucho más jovencita que la francesa. Nos da noticia de ella el racionero de la catedral de Zaragoza José Boneta, en un libro, "Gracias de la gracia", del que se han hecho muchas ediciones. Esta Teresita de Jesús no vivió más que cinco años. Nació en 1622 en Sanlúcar de Barrameda. Edificó a todos con su precoz y prodigiosa santidad. Logró que le dieran el hábito en la orden de La Merced. El autor nos dice: "Púsosele en la cabeza a esta niña el que le dieran el hábito de monja descalza de La Merced, y aunque causó risa su petición por tener entonces no más que veintiséis meses de edad, ella hizo tanta oración a Dios y tanta instancia a su madre y a los superiores, que lo venció todo y le dieron el hábito públicamente, en medio de la iglesia, a vista de un gran concurso, con la misma formalidad que a una mujer mayor. Hízole también una plática el prelado, como se acostumbra. Estuvo todo este largo rato arrodillada la niña, sin levantar los ojos del suelo, con tal constancia y modestia, que nadie vió la función sin lágrimas de compunción y gozo".

Tengamos siempre un recuerdo piadoso, fervoroso, para las tres Teresas.

Madrid, 1934.

A propósito de Sta. Teresa de Jesús

= Dos páginas del excelente libro de JUAN DOMINGUEZ BERRUETA: *Santa Teresa de Jesús. Su vida. Su pensamiento.*—Edición de Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1934. =

FISONOMIA MORAL DE SANTA TERESA

Estudiemos ahora la fisonomía moral de Santa Teresa en los rasgos que ella misma va describiendo, aquí y allá, en el desarrollo de su admirable autobiografía.

"En esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida".

"En esto de dar contento a otro he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar".

"Soy de condición muy agradecida". Y añade que bien ve que esto no es perfección, sino natural en ella, "que con una sardina que me den me sobornarán".

Así era su natural de generoso y noble.

De su sinceridad absoluta nos da clara idea: "...porque en esto de hipocresía y vanagloria a Dios, jamás me acuerdo haberlo ofendido, que yo entienda, que en viéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás".

De su amor a la Naturaleza nos dice: "Aprovéchame a mí también ver campo, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogían y servían de libro..."

Y en una carta a la priora de Salamanca la dice desde Alba de Tormes: "Tengo una ermita que se ve el río, y tambièn a donde duermo, que estando en la cama puedo gozar de él, que es harta recreación para mí."

De su amor a la lectura: "Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque a esto he sido muy aficionada. Leo muy poco, porque en tomando un libro me recojo en contentándome y así se va la lección en oración".

"Siempre he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios que los libros muy concertados."

Con esto manifiesta la gran escritora su desvío por la retórica sin vida, por las letras sin espíritu.

Pero en esto tiene una revelación admirable: "Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín; me dijo el Señor: no tengas pena, que yo te daré libro vivo... Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades."

Es la misma palabra evangélica, es el Verbo que dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida."

A qué dominio llegó de desasimiento de amor propio lo manifiesta esta confesión, graciosa y expresiva: "Yo solía afligirme mucho de ver tanta ceguedad en las alabanzas (que decían de ella), y ya me río como si viese hablar un loco".

De su desprecio a los honores de nacimiento, dice: "Gloria a Dios: siempre he estimado más la virtud que el linaje".

Y el concepto que tenía de la vida señoril mundana lo expresa claramente: "Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señoras a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas".

De su energía de "mujer fuerte" da idea clara esta declaración: "En cosas de fe me hallo, a mi parecer, con muy mayor fortaleza; paréceme que contra todos los luteranos me pondría yo sola a hacerles entender su yerro".

Y no sólo en combatir por la verdad, sino en fortaleza para padecer trabajos fué siempre "mujer fuerte".

"A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque los caminos en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quien se hacía, y y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y tener Santísimo Sacramento."

"Recio corazón" dice ella que tiene. "Por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo haber dicho (palabra de aflicción) que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón."

De su temple, a la par regocijado y recio, en los largos caminos dan fe sus cronistas, el capellán Julián de Avila, y María de San José. Dice esta última: "Todo se pasaba riendo." Y el capellán refiere este caso: "Como nos vió a todos con alguna necesidad de alguna recreación santa que nos deleitase, compuso unas coplas muy graciosas, al

Tomar CAFE
es una delicia, si Ud. toma el sin rival de
Miguel Guevara H.
El más popular de San José
25 varas al Norte de la Botica Oriental

Quiere Ud. buena Cerveza?...
Tome **"Selecta"**
No hay nada más agradable
ni más delicioso.
Es un producto "Traube"

tiempo que habíamos de pasar el Guadalquivir en una barca; porque en eso de componer a lo divino tenía también notable gracia; y así nos íbamos entreteniendo, y olvidando en parte el trabajo del camino con las coplas".

Y añade el buen capellán que no usaba el recurso de componer las coplas "sino cuando en los caminos se ofrecía materia de donde sacarlas", sin exceptuar las ocasiones de temor y de inquietudes.

En las persecuciones que sufrió mostró el mismo valor sereno. "Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me llevasen a la Santa Inquisición levantándome algo"; y añade pacíficamente: "A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír".

Hasta de los demonios decía que no temía "tomarse (luchar) con todos ellos a brazos", y que ellos eran los que habían de tener miedo de ella.

He ahí retratada por sí misma la gran fundadora, "la mujer de acción" como se diría hoy, en un mundo materializado que sólo aprecia la vida exterior.

CONCEPTO DE LA "FEMINIDAD" EN SANTA TERESA

Lo que caracteriza mejor la psicología especial de Santa Teresa es su concepto claro, terminante, de la **feminidad**, expresado en repetidas frases, esparcidas a cada paso, de todas las formas posibles, en sus escritos.

No debemos rescindir de insertarlas aquí, ordenadas en lo posible, a través de sus distintos libros.

Habla de la condición especial de las mujeres: "a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afección que el demonio las pone, no miran nada".

"Es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor... se hallan en diez mundos juntos... que la mocedad y sensualidad y demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo".

¡Apartarse del mundo y encontrarse en diez mundos juntos! Frase típicamente teresiana. ¡Qué bien ve el engaño de mujer que sigue ciega su amor propio, y piensa que sirve al Señor!

"Aunque las mujeres no somos buenas para consejo, algunas veces acertamos".

Visión del instinto femenino, de la rápida, pero no constante intuición de las cosas.

"Tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. ¡Dios nos libre!" Psicología de las multitudes femeninas.

"No querría yo, hijas mías, fueseis mujeres en nada, ni lo parecieseis, sino varones fuertes; que si hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres."

"El natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotros muy sutil."

"No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos años las confiesan y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido, y es porque aun ellas no se entienden para decir sus faltas, y ellos juzgan por lo que les dicen."

"El demonio hace muchos saltos y engaños en la imaginación de las mujeres y gente sin letras, porque no saben entender mil cosas que hay interiores."

A esto se refiere más especialmente la Santa cuando escribe, con su donaire típico, de lo que llama "abobamiento".

Podría alguno objetar ¿cómo hacer compatible, dentro de la más perfecta sinceridad de Santa Teresa, ese concepto decidido y claro de la flaqueza femenina, con su vocación sentida de mujer fuerte, que había de realizar la gran fundadora y escritora?

Ella misma nos lo ha de explicar en cuatro frases luminosas: "El Señor las hará tan varoniles, que espanten a los hombres".

"Basta ser mujer para caérseme las alas — dice — al empezar a escribir. Pero así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más que lo que muestran y oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra."

"Y mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras."

¡Cuánta feminidad hay en Santa Teresa y qué nada feminismo!

"Tuvo Jesucristo, cuando andaba por el mundo —dice—, mucha piedad con las mujeres."

"Tienen gran necesidad de maestro espiritual."

"Dios las hace más mercedes que a los hombres."

¡Qué idea tan delicada revelan esas frases acerca de la condición espiritual de la mujer!

Y no supone afeminamiento ninguno en quien las dice.

"Todas hemos de procurar ser predicadoras de obras, ya que no debemos serlo de palabras."

Que entiendan eso los que creen que no siendo dentro del **feminismo** la mujer está considerada como un ser inactivo.

Santa Teresa, la mujer fuerte, la mujer varonil, de entendimiento y de acción, no tenía nada de ese **feminismo** modernista, que quiere hacer de la mujer un ser igual en todo al hombre en la vida social, deformando su delicada y atrayente feminidad, y como queriendo borrar, si pudiera, hasta las diferencias que la Naturaleza estableció en la fisiología y en la psicología de los sexos.

Y no se hable de que pensando así intentamos oponernos a los legítimos derechos sociales de la mujer, ni creamos ilícita una anticristiana esclavitud bajo el poder del hombre.

Recordemos la histórica contestación de la mujer de Leónidas:

"¿Cómo sólo vosotras, las espartanas —le decían— domináis a los hombres?"

"También sólo nosotras — contestó — damos a luz a los hombres."

Eran, pues, grandes mujeres, dominadoras de hombres, porque eran propiamente madres, y se enorgullecían de serlo.

"Gran cosa es el saber y letras para todo."

"El tener letras es un gran tesoro para este ejercicio de oración, a mi parecer, si son con humildad."

¡Si son con humildad!

"Siempre fuí amiga de letras."

Pero, "no se piense que va todo en letras y saber."

"Algunas veces, con tantos libros, parece se nos va la devoción, en lo que tanto nos va tenerla."

Y aquí viene, finalmente, la solución de otra antinomia para quienes no admiten lo sobrenatural:

"Muchas de las cosas que he escrito no son de mi cabeza, sino que me las ha dicho mi Maestro celestial."

Y sobre esta base, de fe católica, la santa, que ha definido que "humildad es andar en verdad", hace esta magnífica recomendación de sus escritos:

"Escrúpulo tuviera si lo que el Señor me dió a entender no se honrara con toda reverencia."

Mi monumento a Atahualpa

Por ALBERTO GUILLEN

= De *América*, publicación del "Grupo América". Quito, Ecuador. =

Dedico a la juventud del Ecuador como una lejana reivindicación del gran Rey.

El Inca Atahualpa,
último rey del Perú

Padre Nuestro Atahualpa, que estás en los cielos cristianos
por obra y gracia y felonía de Fray Vicente Valverde,
que vino al Nuevo Mundo a matar cristianos llamándolos hermanos.
Y así a ti te dió a oler el Evangelio
como si el Evangelio de Jesús fuese una cosa de perros.

Pobre indio, Atahualpa nuestro, hecho del lodo de nuestras tierras.
Los americanos te hemos olvidado. Pero ardes en nuestras venas,
y a mí las sílabas de tu nombre restallan en mi lengua
como las burbujas encendidas de una hornalla en protesta.

Tu lamento, tu desdén imperial, la pluma roja del llanto
que te arrancaron de la frente manos plebeyas en Cajamarca,
es ahora en mi garganta como un canto púrpura de gallo.
Aunque —la verdad— soy el único indio alfarero
que te levanta a los cielos el duro bronce de un verso.

Hijo del Sol, compraste tu pasaporte a los cielos
con tres cuartos llenos de baratijas de oro y llenos
de la fe de 11 millones de tahuantinsuyanos en 180 caballeros.
Pero en vano escudriñaban tus dulces ojos de huanaco
los fieros ojos de lobo de Pizarro: eran aceros.
Porque él era un Wiracocha, un felino de mostachos tiesos.

Con todo, eras más grande que ese barbudo
a quien nunca llamaste bellaco ni desvergonzado,
más grande que ese Capitán de cristianos, analfabeto y rudo
que necesitó del carmín de tus venas para los gules de su escudo.

Yo te veo en mis días como una estatua, tranquilo
ante el caballo encabritado de don Hernando de Soto
que te salpicó el rostro de granito con las espumas de su estampido
y ordenando matar a los cobardes que se asustaron de ese potro.

Porque eras Rey, aun vencido. Recuerdo tu alborozo de niño
cuando te mostraron un vaso de vidrio,
un vaso de cristal, transparente como un cielo andino—
les diste dos de oro y les preguntaste: —¿Tan lindo
beberán sólo los reyes? Y te respondieron: —Hasta los chicos!
Y tu sentiste al Rey y dejaste caer tu vaso de vidrio.

Parece uno oír a un romano o a un verdadero castellano
cuando respondes al alevoso vencedor ensangrentado,
sin descomponer un pliegue de tu vestido:
—Bah, azares de la guerra son vencer o ser vencido!

No robar, no matar, no estar ocioso
era el triple lema diamantino de tu Imperio.
Pero estos mataron, y mintieron y vivieron todos
del latrocinio y de la espada. Pero tú, en tu cautiverio,
sin maskai pacha y sin litera, con sólo ojotas eras mayor que todos.

Porque Dios estaba de tu parte.
Y cuando humillaste a Pizarro mostrándole la uña,
era el nombre de Dios que elevabas como un estandarte.
Y el futuro Marqués Don Francisco no supo leer en tu uña
pero juró en su corazón, como otro Caín, asesinarte.

Te acusaron de tener muchas mujeres en el pecho.
Y te ahogaron como un perro bravo al resplandor
de cuatro antorchas. Y rezaron el Padre Nuestro
—mientras tú les sacabas la lengua— por la salvación
de tu alma, Padre, Abuelo nuestro que estás, por eso, en los cielos.

Pero desde entonces se han quedado llorando los pututos
y los tamboriles se han olvidado de burbujear de alegría
y el cóndor cayó como una piedra sobre los riscos ceñudos.
Mas bien los indios, todos tus indios están mudos
esperando verte apartar un día con las manos una alborada andina.

Pero todos la pagaron, Atahualpa. Todos murieron por la espada,
—porque la espada es voraz y no distingue como la vulba de la hembra—
unos a otros, como lobos, devoraron la manada.
El Tesorero Riquelme murió con la lengua estirada
como otro Judas y Valverde está mordiendo su cadena.

Y fué mentira de un Cronista el que vieran a San Santiago
arremetiendo a los indios tan cristianos en su caballo tan blanco.
Más bien se le vió en Ayacucho enardeciendo los tambores
y matando el potro para decir: —Adelante, paso de vencedores!

Porque es necesario que sepas, aunque sea por mi voz
que fueron un clérigo, un escribano y un porquero
los que acabaron contigo y con tu Imperio, Emperador.
Pero, qué importa si tú fuiste un indio caballero
y el Caballero Pizarro, el Machu Capitu, un asesino y un traidor.

Arequipa, Perú.

Para eso estoy yo aquí

(Cuento guanacasteco)

Por CORINA RODRIGUEZ

= *Envío de la autora.*—San José, C. R. Junio de 1935. =

Recuerdo que lo conocí en el año 1926, durante la campaña política que había de llevar al solio presidencial al candidato de mi partido. Era un republicano entusiasta, alegre y jovial, con un sentido común excepcional. Vivía lejos del pueblo, en una finca de caña.

La comitiva del partido me designó para celebrar una reunión en Belén, un pequeño caserío del Guanacaste y fué así como tuve oportunidad de conocer aquella interesante región del país.

Llegamos al atardecer y me alojaron en una casita limpia, modesta y cómoda. Los propietarios eran Rosa y Alberto. Ella una muchacha morena, alta, esbelta, de tez sonrosada y cabello ondulado, con unos ojos negros y chispeantes y unos dientes blancos y sanos que las señoritas de la sociedad habrían cambiado por sus brillantes.

Alberto era un muchacho sencillo, campesino honrado y trabajador, que desde la salida del sol hasta el anochecer trabajaba en los campos de labranza.

Tenía una cara marcadamente española, con los ojos azules y el cabello rubio como los españoles de la Coruña o de Asturias. Era también alto, fornido y bien proporcionado. Sus facciones no eran del todo correctas; pero sí graciosas y tenía una cara tan varonil que subyugaba. La intemperie le había curtido el rostro, pero eso no le restaba belleza. Era un espléndido ejemplar de la raza, sin trazas de vicios ni de disipación.

A los dos días de estar en su casa,

donde disponía de todo como si fuera la dueña, me sentía contagiada de la alegría, de la paz y el bienestar de la pareja.

En la mañana, cuando estábamos tomando el café, nos pusimos a conversar sobre las ventajas y las desventajas de la vida de hogar, y pude advertir que el tema de discusión no era del todo grato. Hablamos de otras cosas y cuando el reloj dió las seis, Alberto se puso de pie y dijo: "Señoras, sírvanse Uds. excusarme, pero tengo que afilar el cuchillo y a las seis y media debo estar ya cortando la hierba. Con el permiso, pues", y se alejó.

Yo estaba apenada de haber expresado sin restricción ninguna mi opinión en materia de matrimonio y rogué a Rosita que me perdonara.

Ella, con gentileza y quizás herida en su susceptibilidad me dijo: "Señora, la comitiva del partido la ha alojado aquí porque no hay otra casa mejor en el pueblo; y además, nosotros vivimos como Dios lo manda; pero no nos hemos casado porque el viejo se opone.

No tenía la menor idea de que el apuesto mozo y la muchacha no fueran casados, y había dado por un hecho que me encontraba en la casa de un matrimonio. El saber que no lo eran tampoco me afectó. Me trataban bien, eran gentes limpias, sanas y hospitalarias, y a mí no me había mandado el partido republicano a juzgar a los moradores de Santa Cruz ni a predicar el Evangelio, sino a hacer la apología del candidato que ansiábamos llevar a la Presidencia. Poca importancia le dí al incidente, y quizás no estaría escribiendo esto si no hubiera sido por el viejo, padre de Rosita, que tan hondamente me impresionó.

Cuando Alberto volvió de su trabajo, aun preocupado con la idea de haber perdido mi estimación por no ser el esposo legalmente reconocido de Rosita, noté que deseaba reanudar la conversación de la mañana, y aunque hice esfuerzos inauditos para evadirla, llegó un momento en que ya tuve que declarar mi punto de vista en el asunto.

Alberto, un tanto apenado y con una expresión de profunda sinceridad me dijo: "Señora, yo soy un muchacho honrado y que siempre ha querido a Rosita. Más me duele a mí lo que digan por ella, que por mí. Pero quién va a convencer al viejito. Se le ha metido en la cabeza que la hija no debe casarse y nadie lo puede convencer. El no se opone a nuestras relaciones; pero no nos da el consentimiento para el matrimonio. Vea Ud. qué ideas. Yo creo que son cosas de la edad, pero Rosita dice que no quiere causarle un sufrimiento y por eso es que vivimos sin casarnos.

"A mí se me cae la cara de vergüenza cada vez que me preguntan por qué no me caso, y el padre hasta me ha ofrecido hacerlo de gratis, cosa que nunca sucede; pero nadie ha podido cambiar las ideas del viejito y a mí me duele porque no quiero que nadie piense que no respeto a Rosita."

Me entró tal curiosidad de conocer al viejo, que con el pretexto de comer caña me fuí hasta la finquita.

"Buenas tardes, señor".

"Buenas tardes, señora. Pase Ud. adelante".

Los campesinos de mi tierra son hospitalarios y no hay necesidad de presentaciones ni nada por el estilo, para hacer una visita.

Entré y sin preámbulo de ninguna clase le dije: "No podía resistir el deseo de conocerlo y como tengo que salir con la comitiva a las cinco de la tarde, y los muchachos me dijeron que Ud. no pensaba ir a verlos sino hasta la noche, resolví venir para no quedarme sin conocerlo."

"Se me pone que los muchachos ya le han dado mil excusas y que le han dicho que yo tengo la culpa. Siempre lo mismo. Son tan tontos que no he podido hacerles comprender que lo que he querido es asegurarles la felicidad. Vea, señora, yo viví sólo un año con Rosa, la madre de Rosita, que en paz descanse. Al cultivo de la tierra me he dedicado en cuerpo y alma desde que ella murió y estos ojos no se han fijado en otra mujer desde entonces. Un ermitaño no ha vivido una vida más pura que yo. No he hecho voto de castidad, pero en esta casa donde ella fué la reina no ha entrado nunca otra mujer. Yo no me morí cuando Nuestro Señor la llamó a ella, porque alguien tenía que quedarse aquí para cuidar a la chiquilla, pero desde entonces no soy el mismo.

"Rosita tiene la misma cara de mi Rosa, y tan buena, que hasta que me daba miedo, porque lo bueno se va o se muere. La crié como Dios me dió a entender, le enseñé las primeras letras y le busqué después una maestra para que me la acabara de educar. Cuando cumplió quince años ya sabía coser, bordar y cocinar, y a leer, y a escribir aprendió desde los siete años. También sabía a los quince llevarme las cuentas de los gastos de la finquita. Yo me veía en ella y no se me había ocurrido pensar que algún día tenía que quedarme sin la muchacha. Yo quiero a mis bueyes más que a mis amigos; a mi caballo y a mi finca; pero todo junto no es nada para mí cuando pienso en mi Rosita, que fué todo lo que de mi Rosa me quedó. Como sólo viví un año con ella, no hubo tiempo ni de pelear para que me quedara un mal recuerdo. ¡Sí que era buena mi Rosa!

"Yo estaba loco con la chiquilla y de pronto comencé a notar que se me escapaba sin que yo supiera para dónde se iba. Me puse a observarla y adiviné que estaba enamorada. Yo me puse tan triste que por las noches no me podía dormir. Nada le dije, porque me acordé de cuando yo era muchacho. Una noche se quedó hasta muy tarde en el campo y me puse intranquilo. Me fuí a buscarla y la encontré en la cañada sentada en una piedra con Alberto. La reprendí porque me había dejado solo tanto tiempo y me la traje de la mano.

"Alberto me miraba como celoso porque se la quitaba, pero no me dijo nada.

"A los pocos días vino a verla cuando estaba en el jardín y yo me hice el que nada sabía, pero tenía como una espina clavada en el corazón. No había caso, Alberto me iba a quitar a Rosita. Averigué que el muchacho era honrado, que no tenía vicios y que no era pendenciero. Eso me tranquilizó.

"Como a las dos semanas vino a buscarme y se me puso que venía a pedirme a Rosita. El corazón me palpitaba como si algo terrible me fuera a pasar.

"Comenzó a decirme: "Don Cipriano, hace días que tenía gana de hablar con Ud. de un asuntillo, pero no me atrevía. Se trata de..."

"Lo adiviné todo y le dije: No me diga más; ya sé lo que Ud. quiere. Que le dé a mi Rosita, pero si Ud. ha pensado casarse con ella, ya puede Ud. dar por un hecho que no estoy de acuerdo.

"Yo no quiero andar en pleitos con la justicia para recoger a mi hija el día que Ud. se aburra de ella o para quitársela si no me la trata bien. A mí no me gusta andar en ésas, ni tampoco quiero que los padres se metan a aconsejármele a Rosita que no se separe de Ud. porque tiene que llevar la cruz que Dios le ha mandado. Yo no me opongo a que se la lleve, pero con la condición de que me la cuide porque a ella nada le ha faltado nunca. Yo le he dado todo lo que tengo y me ha parecido poco, y no puedo pensar en que pase trabajos.

"Si a Ud. le conviene y ella lo quiere, llévesela aunque yo me quede solo y cuando ya Ud. no la quiera, para eso estoy yo aquí."

Los ojos del viejo estaban húmedos y yo me levanté de mi asiento donde lo había escuchado silenciosamente y le estreché la mano.

En eso llegaron a avisarme que la comitiva me esperaba, y salí de la casa meditando en las palabras del viejo: **Para eso estoy yo aquí.**

Tornería Eléctrica
DE
J. E. VALVERDE e HIJOS
Calle 12 Norte—Avenida 3.ª bis
4052 TELEFONO 4052
SAN JOSE, C. R.

Trabajos artísticos con las más finas maderas de Costa Rica
SOUVENIRS
Bastones, Artículos de Escritorio, Cajas para Cigarrillos, Ceniceros, Prensa Libros, Polveras, Floreros, Fruteros, Trofeos para Deportes. Gran Variedad de Artículos.
Compre en la Fábrica y obtiene los mejores precios

Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los niños, no

Por GABRIELA MISTRAL

= De *El Sol*—Madrid =

El catalán ilustre José Carner publicaba hace un mes en "El Sol" un artículo que leímos según se hace con la lectura de toda nuestra complacencia, respondiendo a cada acápite con un "sí" grande, una sucesión de "síes" felices.

Decía que si la mendicidad no puede suprimirse, a lo menos se prohiba la de los niños, y que se tolere o se acepte sólo al adulto la necesidad circunstancial o el hábito lamentable.

Irrita el aprovechamiento que se hace de las más lindas virtudes del niño para este trance de pedir. Se aprovechan su donosura, su gracia, su debilidad, su modoseo, su magia, en buenas cuentas. El niño, en donde se muestre, donde esté, donde camine, tiene su magia y está como vestido de ella o la exhala en cada hora y momento.

Resulta, pues, que estas virtudes, que son, como toda virtud y toda gracia reales, cosa gratuita, recibida por nada y puesta también por nada en mano ajena, han venido a parar en una mina de logros y en el negocio más seguro. El transeúnte, que resiste la cantilena del hombre y de la mujer andrajos, vacila cuando es un niño el que le cruza el paso, y si lo mira, está vencido. A "ése" no se le puede negar, y precisamente es ése el que no debería pedir y a quien no se daría, si fuese capaz de reflexión, el aturdido que se llama transeúnte, ganoso de tirar el estorbo y seguir andando.

El niño que mendiga se queda sin infancia desde el maldito día en que lo ponen sobre unas bocas de "Metro", una esquina o una plazuela. Lo echaron a la calle, lo aventaron a la intemperie, averiándole con eso la infancia enterita. La sucia calle, lo más revuelto y plebeyo que hayamos inventado, lo toma y se lo devora en meses. Suponiendo que vuelva a la casa por la tarde, la calle se quedó en sus ojos y hasta va a soñar toda la noche con la cosa fea: tráfico desatentado, "cinta" de caras y trazas de extraños, oleadas sin nombre ni sentido: el "tráfico", que unos días será su fiesta y después su fastidio.

El niño es distracción (Ritcher decía que olvido), y lo ponen a ser picarescamente alerta; el niño es jugarreta, y aquellos ladinos no pueden jugar, porque el negocio de atrapar la moneda es cosa seria; el niño es sobre todo desentendimiento de casa y pan, y lo han vuelto el sostenedor de la familia, el que acarrea, el que, a las torcidas, provee, viste, etc.

Se acabó el niño; pero no como cree la mejor madre mendiga, "por mientras", hasta que el padre o ella trabajen. El niño que mendigó unos meses no va a ser más criatura; tampoco adulto, porque la adultez viene poquito a poco, como el leño en tallo de planta, y a él se la han dado de golpe y porrazo. Y qué adultez la que le ha caído al pobrecito: la persecución de la ganancia, y en ella, el aprendizaje de la malicia en su escalera completa, pasando por la mentirijilla, la bufonada y el verde cinismo. Con todo lo cual, niño puesto en esos cruceros y niño acabado.

Enumeran en reguero las Sociedades benéficas, los "derechos del niño"; maestros o "comedidos" que se ponen a cuajar fórmulas éticas para folletos salvacionistas, de todo se acuerdan menos de los niños sin infancia alguna, ni buena, ni mala y de los otros que trabajan ostensible o soterradamente, lo cual viene a ser la mitad de los niños en ciudad o campo. Grandes santurrones, estos teóricos sacan el bulto a la montaña del hecho que no tiene nombre ni excusa válida: la infancia se ha vuelto una condición por rescatar, una regalía por defender.

Viene ahora lo que ocurrirá a aquella familia de pobres. Una de las cosas del feminismo que todavía repugnan a nuestra raza es la frecuencia que él ha traído en el trueque de los papeles familiares: la mujer sostenía raramente una casa, y ahora el matriarcado económico hace horizonte. Cuento entre las mejores frases oídas a españoles del pueblo la siguiente: Un valenciano me decía en Nueva York, mirando a un grupo de yanquis con gesto de asco: "¡Puf! Esos van tan bien alhajados porque no visten y suelen no dar de comer tampoco a sus mujeres". En nuestra costumbre repugnará siempre el hombre que se deja mantener. La mujer sigue siendo para el español ceñido a su decencia "el otro orden", y la mujer española, gran instintiva, sigue considerando atributo de varonía, marca de padre, santo y seña de esposo o de amante, el que su nombre costee en la comida, como quien dice, la sangre de ella y en el techo el seguro del amor.

La familia del niño mendigo será también familia acabada. Aquel hombre que espera en la casa a la mujer o el chiquito, que ha de llegar en la noche con el chorro de calderilla en el bolsillo, se sumió en cuanto a padre, se trocó en no sé qué valor neutro y dará al hijo, a lo menos, la extrañeza de un objeto familiar mudado o roto. El caso de la mujer que recibe la provisión se ve menos odioso.

He hablado a algunas de estas desgraciadas. Me han defendido, con pena o cólera, la salida, acompañadas "de ellos". En la casa no hay a quien dejarlos. Se quedarían haciendo fuego o se golpearían solos, o gandulearían por la calle. Puestas a optar entre los "malos" y los "peores", las infelices en verdad no optan, se quedan con cualquier cara de la medalla. En verdad, ni se excusan, porque ya aceptaron la industria, la satánica industria de ir viviendo de unos chiquitos.

No falta la vecina que acepta niños, aunque apenas les eche una ojeada en

Contra la antiniñez

Por JOSE CARNER

= De *El Sol*, Madrid, 20, marzo, 1935 =

Más español es pedir que hacer y bastarse. Piden al Estado los ricos (vasto sistema de inmunidades y subvenciones) y los menos favorecidos por la fortuna (empleos efectivos o enchufes sin contracambio de labor o utilidad). Piden a los particulares los niños bien y muchas personas para quienes el cocido precario y la creencia fundamental en la lotería son sinos ineluctables. También a los particulares (además de aquellos sablazos) se pide limosna, muchas veces por virtuosos de lo raído y lo plañidero, y no sin lucrativa astucia. Pero los pobres de veras generalmente no saben pedir, o encastillados en un particular estoicismo, no piden, y muchísimos de ellos no roban, tanto por sobra de motivos éticos como por falta de capital inicial.

Pida quien quiera, pero con una excepción: los niños.

Sé que por parte de las autoridades hubo empeño de acabar con esa exposición de lacras, con esa localización estratégica de mutilaciones, con esos hacinamientos de familias nómadas en los soportales, con el eco

(Pasa a la página siguiente)

LA COLOMBIANA
SASTRERIA
DE F. A. GOMEZ Z.
Ofrece los mejores Casimires Ingleses, el mejor sistema de corte y los mejores operarios para la confección de sus trajes.
Si usted no es cliente mande hacer su vestido en esta su casa.
En formación la serie Colombia
Av. Central frente Cias. Eléctricas
TELEFONO 3283

el día; no falta el hermano mayor o la parienta.

Alegan que a lo menos se sienten "allí con ellos". Y no es cierto, porque los chiquitos no están sino con la calle, tremenda persona.

Los otros lados de la negra industria sobra tocarlos: los padres a poco de comenzar "el oficio", ya saben que niño bien comido, coloradote o piernas fuertes, no sirve para pedir. Poco a poco caerán en el cultivo de la anemia o la mugre del hijo. El transeúnte, para ellos, debe ser un perverso, el que no para ni toca sino el niño flaco, "el alma en pena".

Cruzando a estas mujeres y haciendo la miseria de darles, porque el gesto se va solo, como el paso, y al español como el respirar, mientras le oigo el alegato mañoso, pienso en el odio que esa carne de mujer debe de sentir por la turba de la que vive y se muere: del transeúnte. Hay que acordarse de que hasta la madre más caída en vileza es una mujer limpia, lavada como por su propia leche.

Pero a la frase de "el niño, no", que vale por un grito de salvación, se me ocurre que habría que aparejar la otra: "El hombre, no". Tampoco el padre.

Porque si en el menester sin adjetivo el niño se estropea, pudiese ser que el hombre degenere más aún.

¿Que el hombre se halla endurecido para la calle? ¿Que el hombre casi es calle por su natural? ¿Que el hombre resiste mejor la hediondez del estacionamiento en el crucero o la estación? ¿Que ese hombre guardado en la casa o ambulando, no en mendigo, sino en vago, mientras le buscan el pan, se vuelve un absurdo mayor todavía?

Pero es que es muy grave también el estropeo del varón, y eso importa mucho a unos niños que le dicen padre, y otro tanto a una sociedad.

Me cuentan que el vicio de mendigar lo toma él con más facilidad que la mujer, de la cual siempre tira la casa, que acaba por recuperarla. Ló dudo bastante. Se yerra haciendo ley con unos cuantos casos de truhanes a quienes se toma por obreros. Ha corrido mucha agua bajo los puentes; es decir, ha engrosado en los últimos años la dignidad proletaria, y el obrero que cae en la mendicidad es hombre que lo hace apretando los puños — o la mirada — de humillación colérica, y alguna vez la mano coge la moneda como una brasa, y el mismo que da siente la escocedura del ofendido.

Me dirán que es peor lástima ese hombre metido y guardado en un hogar, haciendo de ama de cría, y que no se soporta ni siquiera la idea de carnero o de ciervo echado al sol con los animalitos en torno.

Y estos miedos no me dan miedo y hasta me dan cierto gozo.

En nuestra raza — que no en las sajonas—, el hombre, por un prejuicio tonto, rehuye el quedar horas con sus hijos, y no digamos el jugar con ellos. No quiere aniñarse por mantener la distancia —mis chilenos dicen "el respeto"—. Es padre más pueril el sajón, que travesea a lo bobo con sus críos, que se hace su lector del domingo y que sabe de muy buen saber que el padre también ha de ser un tierno, aunque de otra manera que la madre, porque paternidad y maternidad no son los opuestos que algunos se creen, que son dos tiempos musicales turnados o conjugados.

Alguien ha dicho por allí que el padre perfecto llevaría dentro un bendito tercio de madre, como la madre cabal llevaría un listoncito del padre, gracias al cual puede guardar y celar bien.

Aquel hombre sin trabajo que tiene que soportar el que su mujer mendigue, tal vez quedado en casa descubra de pronto, como un tesoro, la delicia del padre niño, del viejo traveseador o contador de historias. Y si se ve forzado a hacer alguna vez comida suya y de sus niños, mejor que mejor: la novedad le sabrá a grotesca primero: después, a natural; un buen día, una dulzura estrenada muy tarde.

"Los niños, no", como dice Carner. ¡Ojalá el hombre tampoco!

Contra la anti...

(Viene de la página anterior)

gemebundo en cada esquina y el desfile siniestro junto a las terrazas de los cafés y el hallazgo perpetuo en cualquier andanza de mil doloridos y necesitados que la adversidad o un tino deliberado redujo al oficio permanente de náufragos. Sí, mas no se me oculta la dificultad que experimentan las leyes contra las costumbres, la enérgica voluntad de un día contra los resabios seculares.

Pero la sociedad delinque gravemente y favorece la peor amenaza contra sí misma cuando consiente el baldón de los niños errantes, unas veces alquilados por empresarios del gran negocio patético; otras, desperdigados, soltados a lo que pesquen, por padres y madres en quienes fallaron resortes esenciales de la naturaleza, y muchas veces, sin duda, reales víctimas sin alternativa de la cruel miseria, voceros de calamidades ciertas. Aquí del castigo a padres o especuladores indignos y de la recogida, en cualquier caso, de "todos" los niños forzados a la antiniñez, ahora sin más recurso que envilecerse en la costumbre cultivada de su condición, o ser primero dramáticos testigos y luego jueces pavorosos de cuanta belleza, gracia y bienestar les rodea, les consiente y casi para las santas voluptuosidades de la caridad barata les necesita.

No existía, como hoy, abundancia de orfanotrofios, de escuelas maternales, de jardines de niños, de refugios limpios y claros, de aulas y talleres del Estado añadidos a tanta libre institución benéfica cuando pintara Holbein la maravillosa tela que guarda el Museo de Barcelona. Aparecen en ella dos niños menesterosos, en cuyas trazas dejó huellas sutiles la contemplación de tanto bien y aun inocente alegría, inasequibles, en cuyas figuras queda el rastro, apenas perceptible, de innumerables miradas de despego. Uno de los dos rapaces es de alma todavía pura y serena, sin atreverse a creer que no hallará en algún meandro de la vida benevolencia. Pero ya el otro es juguete de una precoz malicia, dispuesto a no urdir nada leal. En las calles de Madrid he vuelto a verles a menudo (están difundidísimos), y no sé cuál de los dos me inspira al pasar un segundo de más aguda aprensión.

Más de

25 AÑOS DE LABORATORIO

con más de

300.000 EXAMENES

son la mejor garantía del

LABORATORIO

del

Licenciado CARLOS VIQUEZ

En memoria de Félix Lorenzo

Por BENJAMIN JARNES

= De *Luz*. Madrid. 26 de Mayo de 1935. =

Félix Lorenzo
(Heliófilo)

1

Dar en el blanco utilizando el abanico de una ametralladora no es muy difícil; algo más fácil es acertar con un rifle de salón. No nos sorprenderá que el diestro periodista abrume al adversario desde las abarrotadas columnas de un grave artículo de fondo; pero en una al parecer inofensiva "Charla" la batalla deviene escaramuza, puro juego, donde las armas son frágiles, más arriesgadas, más difíciles de manejar. Casi siempre de dos filos.

Como las que utilizaba Félix Lorenzo en sus admirables "Charlas al sol", muchas de ellas ya agrupadas en libro —¿y las restantes?—. El gran argumento se achica, se reduce de ademanes, como de tamaño, para poder ir del brazo con la traviesa, con la pizpireta ironía. La voluminosa razón se adelgaza hasta convertirse en fino ingenio. Es decir, se abandona el ancho, el aparatoso estadio, y se continúa la pelea en una terraza, en traje de fiesta, entre dos jarritos de cerveza, alguna vez con música... Porque la prosa de las "Charlas" también gusta el ritmo como gusta de la sal.

Al prologar unas "Charlas", nos decía Grandmontagne: "En la prensa moderna ya no es posible la vaguedad, el jineteo en el espacio, ni suplir con retórica hueca la ausencia de conocimiento". Este pudo ser el escollo de las tan leídas y celebradas "Charlas". Escollo magistralmente vencido. "Heliófilo" recogía la traviesa anécdota, la afirmación ajena precipitada o sectaria, el pintoresco incidente; los pesaba y medía con escrupulosa atención, calculaba las posibilidades de ridículo que contienen... Y luego, con gran desembarazo, manipulaba con ellos en un leve espacio de tiempo, en una de esas "Charlas" que dejaban siempre con hambre al lector. Sin olvidarse nunca de filtrar en el breve producto literario —literario mejor que periodístico— una gran dosis de tolerancia, tan grande como de gracejo.

La vida interna española en la etapa dictatorial era difícil de revelar totalmente a grandes núcleos de lectores. Se ha entrevisto, pese a toda censura, en las sabrosas "Charlas" de "Heliófilo". Alguna vez el sagaz comentario dejó desnudo el hecho. Porque siempre el fino dardo puede hincarse donde nunca hubiese podido hacer mella la cápsula de gran calibre. Las "Charlas al sol", gracias a la clarividencia de "Heliófilo", pudieron ir a trechos subrayando aquel curioso panorama de la vida española. Nos ofrecían una total perspectiva, aunque velada por las brumas de la más sutil cautela.

2

Hay cuadros — grandes cuadros — de historia que se fraguan en las grandes bibliotecas nacionales, en los silenciosos archivos, en vista del documento escrito, carta o real decreto de lo doméstico u oficial, firmado y rubricado. Estos cuadros suelen ser obra de los que Juan Bautista Vico llamaba "filólogos", de los historiadores que no eran, que no son, "investigadores de la historia misma", sino comentadores de las fuentes tradicionales. "Lo que Livio y Tácito habían escrito tenía para ellos tanta autoridad como para los filósofos las palabras de Aristóteles". Pero hay otros cuadros, menudos, de apariencia infantil, que no son menos historia y, en cierto modo preceden a los grandes volúmenes: miniaturas hechas ante cada mohín del tiempo, ante cada sonrisa o mueca del momento; que suelen ser obra del sencillo centinela, del soldado de fila que atalaya desde su garita el cruce de un suceso, el temblor de un fenómeno histórico, para atrapar uno u otro y fijarlos — con el alfiler de una crónica — en el papel.

Miniaturas a veces desdeñadas, otras inatendidas en vista de ese mismo sencillo atuendo con que aparecen en la gran exposición de las letras, gozadores de tan escasa luz en las antesalas de la literatura, que suelen ser los periódicos. Sólo cuando estos pequeños cartones —donde aletea el suceso apasionado — se agrupan en una colección que se extiende a lo largo de los muros de un libro, podemos darnos cuenta del esfuerzo visual del centinela, de su espíritu de sacrificio, de su positiva eficacia en los futuros estudios de una época. Ahora el grave filólogo suele, en efecto, hablar desdeñosamente del sencillo entomólogo, sin recordar que toda la solemne ciencia histórica — si ella ha de ser auténtica — está, en fin de cuentas, cimentada con el esfuerzo de otros viejos periodistas que, en ladrillos o en papiros o en pieles, recogieron las crispaciones de su época. De modo que el gran filólogo es víctima —siervo fiel— de las mismas gentes a quienes desdeña. Es penoso ver a estos hombres de fe, tan difícil en los cronistas de la hora actual, creer infantilmente en cualquier otro con tal de que éste haya nacido en el siglo XII.

Cada "Charla" de "Heliófilo" era — y es— una de sus miniaturas. De ellas afirmaba el autor que nacieron "sin la pretensión de una obra literaria ni el énfasis de un comentario histórico". Pero de sobra sabemos que el buen arte —el de escribir y todos los demás— se produce siempre al margen de toda pretensión. Cada una de estas "Charlas"—a veces resumen de un pequeño "drama mental" o "sentimental", según el mismo "Heliófilo" confesaba — es como una cuenta del gran collar histórico, nunca desdeñable por menuda, cuando así logran dar una impresión exacta de la verdad de un pueblo. También cada lingote de cristal en las

(Pasa a la página 365)

CONMEMORACION

Félix Lorenzo

Por ANTONIO ESPINA

= De *El Sol*.—Madrid. =

En todos los artículos necrológicos suele decirse, con tópico pocas veces eludible, que el difunto deja un recuerdo imperecedero. Esto, que nunca es cierto, tiene, sin embargo, un sentido de realidad. Responde a la necesidad biológica de ilusionarnos con la idea de que lo que quisiéramos que fuese es y será. Todo perece. Razón de más para que hagamos de ese fantasma vano que llamamos recuerdo un cuerpo vivo y para que le dotemos, por fantástica añadidura de nuestro arbitrio, con el don de la inmortalidad. La fama no tiene nada que ver con ello. Famoso o no, se vive o se muere en la obra. El hijo de carne, el hijo espiritual son los consignatarios auténticos de la vida que sigue; los únicos capaces de incorporar al mundo de la materia —siquiera sea en la frágil materialidad del recuerdo— a los seres perecidos.

Félix Lorenzo dejó una obra. Marcó rumbo seguro a toda una generación de periodistas. Su voz resuena sin merma apreciable en los oídos de todos nosotros, y sus ideas, sus consejos, la claridad y la figura de su estilo de escritor son virtudes ya perfectamente asimiladas en la prosa periodística de sus mejores discípulos. A él le tocó luchar y "hacerse" en una época difícil. Cuando Félix Lorenzo comenzó su vida profesional, allá el año 95 en "La Justicia", el diario dirigido por Salmerón, la prensa española se desenvolvía en unas condiciones lamentables. Era pobre el am-

(Pasa a la página 365)

EN UN CENTENARIO

Maimónides

Por JOSE PIJOAN

= De *La Vanguardia*.—Barcelona. Abril 14, de 1935 =

Maimónides

El treinta de marzo se cumplieron ocho siglos del nacimiento de Maimónides en Córdoba. Creo que se hizo allí algo en su honor. Pero da pena que España entera no esté hoy dispuesta para unirse a Córdoba en nacional homenaje.

Todos los occidentales somos deudores a Maimónides de una predisposición a raciocinar con tanta o más confianza que la que llegaron a tener los antiguos griegos, maestros del entendimiento. Es una confianza que no tienen todavía otras razas del planeta. Por Maimónides estamos seguros de que si nos mantenemos dentro de los límites de nuestras facultades humanas, sin milagro podremos acertar, aún para las cosas más difíciles, más elevadas y divinas.

Creo que el lector habrá comprendido el párrafo anterior, pero para mi tranquilidad lo repetiré en otros términos. He dicho que Maimónides, el gran judío español, nos ha imbuído una confianza en nosotros mismos y en nuestras posibilidades mentales, que nos anima a esforzarnos a explicar la verdad raciocinando. Lo que discernimos con el pensamiento, si éste es sano, estará de acuerdo con la verdad revelada, así es que no tenemos que esperar a que nos llegue el conocimiento por sobrenatural intervención de rabinos o maestros, o por profetas o doctores.

He aquí un párrafo de Maimónides: "Ningún profeta ha recibido el don de la profecía si no está antes dotado de todas las facultades naturales y aun de las virtudes morales. Los antiguos rabinos dijeron: "la profecía sólo se manifiesta en los que son sabios, valientes y ricos". Las dos primeras cualidades no necesitan explicación, pero Maimónides parece preocupado con la tercera, esto es, que según los rabinos del Talmud, para ser profeta hay que ser rico. Es evidente que los rabinos, según Maimónides, estaban inspirados por Dios y no pudieron equivocarse. Es evidente también que los profetas antiguos no fueron ricos. Maimónides justifica la idea de los rabinos añadiendo: "que por rico no quisieron decir el que tiene mucho dinero, porque, ¿quién es rico? Es aquel que está contento con su suerte, es aquel que está satisfecho con lo que la fortuna le depara y el que no se acongoja porque no tiene más, o perdió lo que tenía".

Como se ve, Maimónides no desprecia la revelación, inspiración y autoridad de los rabinos, que son para él lo que son para nosotros los Padres de la Iglesia, pero observa que con sus facultades humanas puede raciocinar los mismos conceptos que ellos emitieron como verdades reveladas, dándole un valor de convicción que las hace universales. ¿No es así como raciocinamos nosotros? El lector no tiene idea de cuán arriesgado era pensar, hace ochocientos años, de este modo.

Voy a poner otro ejemplo más moderno del caso de tener que ser rico para ser sabio o profeta. Dice Maimónides: "Generalmente se acepta lo que aseguran maestros y doctores (rabinos y profetas), que todo lo que ocurre es por voluntad divina. Esto es verdad sólo si se entiende bien. Si una piedra cae, al caer cumple la voluntad divina, porque Dios decretó que la Tierra es centro de atracción, y todo lo que la rodea es atraído hacia este centro. Pero es absurdo suponer que cuando una piedra se lanza al aire, Dios, en aquel instante, está deseando que caiga. En cambio, el fuego, por decreto inicial divino, tiene que ascender y no se le puede obligar a que caiga".

Maimónides no abandona este punto sin observar que ya Salomón dijo que nada nuevo ocurre debajo del Sol y que, por lo tanto, todo se conforma a una regla preestablecida durante los seis días de la creación. Encuentra confirmación en la frase de los rabinos cuando dicen en el Talmud: **Todo prosigue según su curso natural.** Por lo que toca a los milagros mencionados en las escrituras, Maimónides cree que fueron también incluídos en el curso de los acontecimientos desde el comienzo del mundo y no tienen nada de anormal ni de sobrenatural. Así, Maimónides manifiesta para los milagros una paciencia que no tiene el otro gran judío hispánico — su continuador seis siglos después — Benito Spinoza.

Y aquí cabe recordar lo que hemos insinuado al comenzar, que todos nos hemos nutrido de Maimónides, sin saberlo. Las palabras de Maimónides nos suenan familiares porque han penetrado nuestra naturaleza por el intermediario moderno de Spinoza. Todo hombre moderno occidental es el resultado del producto de Kant y Spinoza, y Spinoza no es más que Maimónides europeizado. A él debemos este optimismo del hombre contemporáneo en la eficiencia de las facultades humanas.

Sin embargo, Maimónides ya distingue — como hace Spinoza — entre acciones verdaderamente humanas y pasiones que nos convierten en animales. Aquella antigua frase que sirve para justificar todos los crímenes de los necios — **soy hombre y nada humano debe de serme extraño** — hubiera sido aceptada por Maimónides y Spinoza con grandes reservas.

Dice Maimónides: "El que se entrega a la glotonería, lujuria y otros excesos, no debe ser clasificado como hombre, sino como bestia. Como dice el salmista — **es igual que una bestia aquel que perece por su culpa**". Actuamos solamente como hombres cuando comemos o satisfacemos nuestros instintos, según los dictados de la razón, evitando lo que puede perjudicarnos y tomando sólo lo que puede hacernos bien. "El deber de un ser verdaderamente humano, dice Maimónides, es mantener los instrumentos de que se sirve su alma — que son los órganos del cuerpo—en perfecta salud. Así procurará estar informado de todas las ciencias, matemáticas, geometría, medicina, secciones cónicas, mecánica, hidráulica para que se afine su mente y con mayor habilidad intelectual pueda comprender la esencia de Dios". "Des-

Sobre Maimónides

(Fragmento de un estudio en preparación)

Por GREGORIO BERMANN

= De la revista *Judaica*. Buenos Aires =

Alejado de los estudios talmúdicos, volví a encontrar el nombre de Maimónides en mis clases sobre Deontología Médica cuando traté del juramento médico. Divulgado por Enzo Maronni de Venecia en los países de lengua latina desde las páginas de "Ilustrazione Médica", era bien conocido en los medios científicos de habla germana desde hace tiempo. Más que un juramento, es una bella plegaria de alto vuelo ético. Vale la pena citar algunos de sus párrafos para que se la pueda apreciar, así como el valor que concede a las fuerzas espirituales en el tratamiento, dignas de recordarse precisamente hoy cuando se vuelve con insistencia sobre el valor de la psicoterapia y su relación con la personalidad ética del médico.

"Yo mismo fuí escogido por tu previsión eterna para velar sobre la vida y la salud de tus criaturas... Que tu ayuda me sostenga en esta obra para que pueda llevarla a buen fin. Sostén las fuerzas de mi corazón y de mi alma para que yo pueda prestarme, con igual humor, a servir al rico y al pobre, al honrado y al malvado, al amigo y al enemigo y no ver en el enfermo sino mi propia imagen, en sufrimiento... Que mi pensamiento permanezca dueño de sí ante el lecho del enfermo, que ninguna fantasía venga a distraerlo, que no vea yo sino lo que la experiencia y la reflexión puedan sugerirme sin que mis meditaciones sean turbadas, pues grandes y sagradas son las obras meditadas en la soledad. Inspira a mis enfermos una plena confianza en mi y en mi arte y una obediencia absoluta a mis órdenes".

(*Pasa a la página siguiente*)

de este punto de vista, el empleo de pinturas y tapices para embellecer la casa no debe de ser considerado inmoral ni extravagante".

Maimónides define como humana sólo la mentalidad equilibrada y sensata, aplicándose a encontrar el **justo medio**. Es la famosa doctrina de Aristóteles, del **mesótes** o conducta sin excesos ni deficiencias. Maimónides no aprueba penitencias para el cuerpo, ni castigos inmoderados con objeto de avanzar en el camino de perfección. Como siempre, comprueba su opinión con el socorro de las Escrituras. En la Ley mosaica (Núm. VI, 11) se dice que los nazarenos que no se lavan, viven en el desierto, no beben vino y se visten con piel de camello, **pecan contra su alma**. Hasta tal punto, que han de hacer enmienda de su conducta con sacrificio. ¿No podrían vivir santamente — se pregunta Maimónides — sin penitencias ni abstinencias?"

Para Maimónides hay ocho peldaños en la escala de la caridad. El primero, es el de la limosna concedida a regañadientes a la vista del público... ; el octavo, el de la caridad más perfecta, es el no hacer limosna, sino procurar la justicia para que no haya pobres. No hace falta comentario.

Siento presentar tan a la ligera al gran judío de Córdoba. Su obra, voluminosa, es una maravilla de claridad y precisión. Los párrafos que he copiado son de la **Guía de los perplejos** y de su brevísimo pero precioso tratado de moral llamado los **Ocho Capítulos**. Pero además trató de codificar el Talmud, como hicieron siglos más tarde los cristianos con las Decretales. Tiene, por fin, varios opúsculos cortos de todas las materias, sobre todo, medicina.

Maimónides escribió sus obras en árabe, la lengua culta internacional de fines del siglo décimo. Era cuando la Marca Hispánica servía de anillo de unión entre la Europa carolingia, apenas civilizada, y el Islam, cuyo centro principal era Córdoba. Por Barcelona pasaban los prelados de la Germania y de la Francia que iban a estudiar en Córdoba. Los canónigos de Barcelona vendían unas casas para comprar un libro, una Biblia. Los judíos, tanto los de Córdoba como los del país catalán, hacían esfuerzos, no para diferenciarse sino para integrarse, evitando el pietismo enojoso de la sinagoga, el gran renacimiento de la filosofía y ciencia grecorromanas que estaban fermentando en Córdoba.

Pero una oleada de almoravides fanáticos cruzó el Estrecho y ahogó aquel primer renacimiento internacional europeo. Empezó la historia de España con izquierdas y derechas. Maimónides y su contemporáneo Averroes tuvieron que emigrar de Córdoba y acabaron sus vidas en el extranjero. Maimónides encontró ocupación como médico de Saladino, en El Cairo. Debió pensar — que aquellos que creen y piensan como tú son tus compatriotas y tus hermanos.

No fué, pues, Maimónides el que sufrió del régimen de fanatismo de los almoravides africanos. Fué España entera, que acabó por ser un país de reyezuelos taifas o caciques. Sufrió también, de rechazo, el país catalán. Aquella participación de Barcelona en el renacimiento aristotélico, que se iniciaba en Córdoba, terminó al extinguirse el gran foco andaluz. Para recobrar lo perdido en Córdoba con la emigración de Averroes y Maimónides, tuvimos que ir dos siglos después los catalanes a París, para recogerlo cristianizado por Alberto el Magno y Santo Tomás.

FABRICA DE MUEBLES
TALLER DE Carpintería y Ebanistería
Fábrica de Puertas y Ventanas,
Trabajos Garantizados,
Precios Módicos
ENRIQUE VALLE
PIE DE CUESTA DE MORAS

Sobre Maimónides...

(*Viene de la página anterior*)

"Concédeme la fuerza, la facilidad y la ocasión de rectificar siempre más conocimientos adquiridos y de extender el dominio de ellos, pues si el arte es inmenso, el espíritu del hombre puede igualmente extenderse sin fin y enriquecerse cada día con nuevos conocimientos, puede descubrir hoy muchos errores en su saber de ayer y el día siguiente puede traerle luces hoy insospechadas".

Aun cuando hecho este juramento enteramente en el espíritu de Maimónides como dice el Dr. Pagel ("Maimuni als medizinischer Schriftsteller"), las investigaciones realizadas no permiten asegurar que pueda atribuírsele la magnífica oración (Peter Toeplitz, "Das Gebet eines jüdischen Arztes", Israelit. Familienblatt, Hamburg, 1902. Cit. por Pagel).

Después, al estudiar las prescripciones higiénicas a que se sometían los judíos de la Europa Oriental, encontramos visibles las huellas de la medicina arábigo-judea, en su época de más alto desarrollo. En la Mischna Tora se halla el mismo espíritu que dictó los famosos aforismos posteriormente traducidos bajo el nombre de **Pirque Mosche**. Sobre todo en el libro X, que trata de las expiaciones, así como en algunas partes del libro III y V. Limpia de los ergotismos de los comentadores, es en substancia la vieja inspiración galénica que pasa a través de los preceptos del Levítico.

Llevado por el interés de la psicopatología, seguí en Maimónides su interpretación de las ilusiones y de la imaginación cuando despejado de los aditamentos teológicos intenta comprender las visiones de los profetas. No participé de la suficiencia con que Spinoza lo trata en los primeros capítulos de su **Tractatus**. Más aun que aquellos trozos son hoy dignos de ser leídos por su belleza e inspiración los magníficos capítulos que dedica al profetismo entre los hebreos, fenómeno extraordinario en sí mismo y por su trascendencia universal.

Entré entonces de lleno al conocimiento del "Moreh Nevujim", que no es el Guía de los **descarriados** como lo traduce el benemérito José Suárez Lorenzo en su buena versión castellana, desgraciadamente incompleta, sino de los Indecisos o Perplejos, como surge de las propias palabras de Maimónides en la Introducción. El lector moderno se encuentra desorientado al iniciar la lectura de esta obra, la más fundamental en la historia del judaísmo universal después del Viejo Testamento. Pero a poco se descubre su sentido tan netamente escolástico, la tentativa de conciliar la ciencia de su época con la fe de sus antepasados para ofrecer este cuerpo de doctrinas, un nuevo Talmud, el más sólido asidero rabínico en los siglos que lo sucedieron. Escrito el Guía en una época de luces, la del singular esplendor del pensamiento arábigo-judeo, cuando ya estaba impregnada de filosofía helénica la vieja ortodoxia judía, la teología rabínica no colmaba las necesidades espirituales de la época. Moisés ben Maimon, que dominó la ciencia de entonces con envergadura enciclopédica y vuelo filosófico, logró obviar esa necesidad de superlativa manera.

Corresponde exactamente a la segunda escolástica, con su férrea contextura lógica. Pocas veces se habrá dado como en el Moreh una compenetración más íntima de dos direcciones tan aparentemente divergentes como la bíblica y la aristotélica. Fué necesario su poderoso genio para fundirla en el crisol de su obra imperecedera, pues no se sabe qué admirar más si su conocimiento exhaustivo de la Tora o su identificación con el Estagirita al punto que al leerlo pareciera oírse razonar al griego inmortal. El conocimiento de Dios y la cima de la humana perfección confluyen tan perfectamente en el pensamiento aristotélico como en el maimónico. La verdadera ciencia que lleva a la perfección es el conocimiento de la divinidad, y no se llega a él sino por la sabiduría.

En la comparación que hace en la parte dedicada a "la posesión de Dios", reserva a los profetas el más alto grado de sabiduría, a aquellos que después de haberse perfeccionado en la **metafísica**, sólo ocupan su pensamiento en Dios, se entregan a él "y hacen consistir toda la acción de su inteligencia en reflexionar acerca de los seres

LA CONCHITA
Fábrica de CACAO
de Superior Calidad.
Elaborado para complacer el gusto más exigente. Pídalo al telef. 3952
Contiguo a la pulpería "El Dollar"

creados, a fin de obtener de estos últimos la prueba de la existencia de Dios y de saber de qué modo puede gobernarlos". La "jojme" de Maimónides corresponde a la doctrina de la sabiduría del Estagirita, que es, como insiste Franz Brentano, el punto de partida de su doctrina.

Por su conocimiento directo y a través de sus comentaristas árabes pudo trasegar la doctrina multisecular del peripatetismo en el odre milenario de la Biblia, ofreciéndolo renovado. Y lo hace de manera aligera, con un equilibrio y una frescura realmente admirables. En Maimónides, teólogo tan atacado por los fanáticos y por los místicos, los que vinieron del neo-platonismo, no se siente la sequedad racionalista que rechaza lo específicamente humano. Hay en el "Moreh" un soplo vital, que se percibe desde las primeras palabras, cuando se dirige a su joven discípulo, a su bienamado Josef ben Iehuda, que ya no podía permanecer a su lado, ávido de todas las enseñanzas. La viril ternura que trasunta la carta dedicatoria, las excelencias que le descubre y le reconoce, las esperanzas que pone en él, el temor de que se extravíe por equivocados senderos, el que los tenga constantemente en el recuerdo mientras escribe el "Guía", pues siempre se dirige a ben Iehuda, infunden simpatía por maestro tan generoso y magnífico. Y eso que escribió el "Moreh" a los cincuenta y cinco años, es decir, en su madurez, cuando las sombras de la sequedad suelen invadir al espíritu. Maimónides quedó agotado por el extraordinario esfuerzo intelectual, al punto que muy poco agregó ya en el resto de su vida —antes tan fecunda— hasta los sesenta y nueve años.

Suele compararsele con el "Doctor Angélico", hasta llamársele el Santo Tomás del judaísmo. Pero lo que es dogma cerrado, iglesia militante en Santo Tomás, adquiere otro valor en Maimónides, al punto que Karppe dice exagerando que "mientras sus escritos talmúdicos conservaron su autoridad sobre los teólogos puros, su "Moreh Nevujim" dió impulso a todos los espíritus libres que surgieron en el judaísmo, desde Spinoza hasta Mendelsohn" (cit. por Bonilla y San Martín. Historia de la Fil. Esp. T. II, p. 396). La verdad es, empero, que si sus continuadores no estuvieron aherrojados a los dogmas de una iglesia, se comportaban con frecuencia como si lo estuvieran.

Sin duda, desde el momento que contaminó de filosofía a la ortodoxia talmúdica, introdujo la semilla de disolución. Con el renacimiento y después con Spinoza vino la hoguera que consumió la escolástica. Es absurdo por eso considerar a Maimónides como uno de los padres del pensamiento moderno, como lo hace Ignacio Bauer con harta sensibilidad en las palabras prefaciales al "Guía de los Descarriados". Como es una ligereza considerar a Spinoza, según dice, como una prolongación directa de Rambam, y a través del primero, con gran influencia en Kant, Marx y Bergson. Muchos argumentos pueden esgrimirse para destruír esta ilegítima derivación. Basta recordar aquel famoso pasaje del primer capítulo del **Tractatus**, cuando a propósito de apariciones de ángeles considera la explicación de Maimónides "como una charlatanería de gente que quiere encontrar en las Escrituras, de buena o mala manera, los ergotismos de Aristóteles y sus propios ensueños: lo que a mi juicio es la cosa más ridícula del mundo". (Spinoza. Ed. Saisset. II, pág. 21).

Mientras existan iglesias no puede decirse que ya estén aventados los últimos restos de la escolástica. Pero todos los indicios anuncian que entrarán en breve en su definitivo ocaso. El juicio histórico, severo e implacable, rechaza hoy con aversión el compromiso de la ciencia y de la religión que se elaboró bajo el signo de Aristóteles. Hijo del feudalismo, con él muere. Le toca su parte a la doctrina y obra de Maimónides, fruto de otros tiempos, de otras condiciones económico-sociales, de otra cultura. A pesar de tentativas renovadas aún en la actualidad, esta liviana alianza de la razón y de la fe sólo consigue atraer a regímenes caducos y a espíritus apocados y empobrecidos. Quedará sin embargo, de Maimónides entre otros valores históricos su esfuerzo por la excelencia del hombre, el hombre cuyas acciones estén inspiradas por **Mischpot**, justicia, **Hesed**, benevolencia, y **Zeduke**, equidad. ("More Nevujim". Libro de la "imitación de Dios").

Córdoba, marzo de 1935.

Para vestir como perfecto caballero nada mejor que hacer una visita a la

Sastrería "Romero"

De ELIAS ROMERO

Renovación constante de casimires, esta es la casa de su confianza.

Tenemos clubs en formación. 25 varas al Sur de la Catedral, Calle Alfredo Volio.

Los primeros versos

de FERNANDO LUJAN

= *Envío del autor.*—San José, Costa Rica 1935. =

PATERNAL

Tú le contienes a él
Como fruta a su semilla.

Como la tarde al lucero,
Como la noche a la estrella

Quiero asomarme a tus ojos
Para mirarlo sonriendo.

MARINA

Se aleja el velero sin rumbo.
Se aleja en la noche salobre.
Sin ruido. Silenciosamente.
Como una gaviota.

Mi corazón en la orilla se agita,
Cual rojo pañuelo.

ANHELOS

Llueve sobre las rosas;
En cada gota
Hay un anhelo de mar.

Hondo anhelo de forma
En cada ola;
Quiere ser rosa el mar.

ACUARELA

Un cielo gris
Adornado por un sol.
—Una rayita de lápiz divide cielo y mar—
El agua gris
Con una barrita de oro.

SUEÑO

Una noche,
—Siendo niño—
Tuve un sueño.

Un Angel,
—Todo blanco—
Con su falda,
Me rozó la frente.

Hace tiempos,
—Desde niño—
Que no sueño.

FILOSOFIA

Vivir en el campo, darle,
Noble sentido a la vida.
Surcar allí la tierra
En la amistad sincera
Y silente de los bueyes.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Motley, New York)

JOHN M. KEITH, Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente.

Estampas

Vuelvan los ratones

(Un cuento de Quevedo)

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración*.—Costa Rica y junio de 1935. =

El afán del hombre metido en campañas electorales es presentarse como renovador. Está cansado de los sistemas de gobierno. No han producido más que fracasos. Es necesario el cambio.

Clama por otro tipo de gobernante que renovará y limpiará instituciones y hombres. Lo actual tiene que desaparecer. Y dice el que va haciendo de palabra una campaña eleccionaria que en su candidato están patentes todas las capacidades renovadoras. Elijamos a este dechado de mantario. Ya nos cansa el desorden, la ociosidad, el merodeo. Debe venir la limpia.

No es afán de gente menuda solamente. Los menudos lo reciben de los grandes y se trasmite así el credo renovador. Por ese credo agotan el lenguaje superlativo. ¿Quién no los ha oído y los sigue oyendo? La maravillosa trasmisión de la onda sonora hace posible enterarse de las campañas electorales de muchos países y la unidad es perfecta. Elocuencia desatada por todas partes pidiendo al votante la elección del hombre de trabajo que habrá de transformar.

El tono uniforme del orador de épocas electorales exigiendo gobierno nuevo para el gobernante nuevo nos recuerda un profundo cuento que estampa Quevedo en uno de sus Sueños. "Acuérdome del cuento del que, enfadado de que los ratones le roían papelillos y mendrugos de pan, y cortezas de queso, y los zapatos viejos, trujo gatos que le cazasen los ratones; y viendo que los gatos se comían los ratones y juntamente un día le sacaban la carne de la olla, otro se la desensartaban del asador, que ya le cogían una paloma, ya una pierna de carnero, mató los gatos y dijo: "Vuelvan los ratones". Aplicad vosotros este chiste, pues, como gatazos, en lugar de limpiar la república, cazáis y corréis los ladrones ratoncillos, que cortan una bolsa, agarran un pañizuelo, quitan una capa y corren un sombrero, y juntamente, os engullís el reino, robáis las haciendas y asoláis las familias."

Cuento y comentario son una perfección de acierto político. Hay en el clamor del hombre que levanta tribuna para pedir votos para su candidato nada más que el espíritu de una inconformidad superficial. Mentira que los problemas grandes de un país preocupan de verdad a ese agitador de épocas eleccionarias. Ni siquiera sabe en la mayoría de las ocasiones que existan esos problemas. Anda preocupado por detalles. Y con esos detalles quiere agitar conciencias. Para lograrlo habla del gobernante nuevo como poseedor de capacidades de orden, de trabajo, de probidad. Es decir, habla del gato que ha de comerse al menudo ratón. Porque ratones son lo que ve y persigue en las épocas de elecciones el orador ocasional que toma partido y lucha por su candidato. Para acabar con ellos, con los roedores que no deshacen una nación, da poder al gato que sí daña a esa nación en sus partes fundamentales.

La daña porque es hombre de lucha menuda nada más. Sabe que el bobo se deslumbra con facilidad. Y por eso tiene las astucias del gato que salta certero y enfurecido contra el animalillo que pone sus dientes sobre mendrugos.

En cambio deja pasar sin protestas de ninguna clase aquellas cuestiones horribles que acaban con una nación. De ella vive precisamente la casta que lo vió gato y le dió mando. El gato sirve por instinto fatal para limpiar menudencias. Mientras tanto, ha de quedar intocado el inmenso daño ocasionado a la vida independiente de un país por la entrega de todos sus recursos y riquezas. La habilidad o la chatura del elogiador político consiste en no mencionar jamás los problemas verdaderos de su nación. El gobernante nuevo lo pide para la cosa de poca monta, para aquello que tiene una importancia insignificante mientras al mismo tiempo existen cuestiones que sí hieren de muerte a un país.

Es por eso que el conferenciante de las épocas eleccionarias no debemos tomarlo sin preguntarle antes cómo ha tratado su candidato los problemas grandes de su país. En detalles es fácil aparentar carácter y virtudes. Pero si no hubo también el mismo ceño de ira cuando una compañía extranjera se apoderó del contrato que la hizo dueña de las rutas aéreas, o de inmensas regiones de tierras laborables, o de la electricidad, o de los ferrocarriles, no hay derecho para presentar como tipo de gobernante de nueva factura al candidato que sólo tuvo aprobación para esas atrocidades.

Es en la lucha contra las organizaciones poderosas que absorben los recursos de una nación en donde adquiere el hombre de gobierno o el simple ciudadano, merecimientos nacionales. Aquí tienen su diente puesto los que hacen en cada país de la política un negocio personal. En el latifundio para la compañía voraz, en la electricidad para el monstruo continental, en las rutas aéreas para la cetrería imperialista, hay envueltos miles de complicidades que exigen del hombre resolución y franqueza. Si deja que esas agencias esclavizadoras se impongan, ya sea cruzándose de brazos, ya sea empujándolas con su ayuda, no puede ser lo que quieren que sea los conferenciantes de las épocas eleccionarias.

Pensamos, desde luego, en los conferenciantes de jerarquía alta, pues los hay de grado plebeyo que nada saben de esas diferencias de problemas, ni tienen por qué saberlo. Esos de jerarquía alta son los que piden gobernante de tipo nuevo, esto es, gato que acabe con los ratones, obedeciendo a aquellas gentes que consideran beneficiosa toda entrega a las organizaciones rapaces extranjeras. Beneficiosa ya sea porque de ella deriven directamente granjerías, o ya sea por que ella les permita la explotación en grande o el medro. Estos conferenciantes repiten a cada paso que van de buena fe y en ello han empeñado su honor, pero que si llegan a equivocarse habrá que abonárseles que en el error no hubo maldad. Es decir, no son los que una vez que el gato cansado de matar ratones saque la carne de la olla, sean sus condenadores. Al gato lo condenarán los otros, los bobos inducidos por el conferenciante y el plebeyo que no tenía por qué ni para qué saber de problemas de orden superior cuando proclamó al gobernante nuevo. Serán estos los que al sentir los atropellos del gato, no contra el contenido de las ollas, que esto es manjar que no prueban ellos, sino contra la libertad y la seguridad, griten desesperadamente: "Vuelvan los ratones". El "Vuelvan los ratones" es la justificación del yerro cometido por los hombres cuando acuden a una elección inducidos por el engaño. No meditaron y entregaron su discernimiento al conferenciante y orador que agotando el lenguaje superlativo presentó al espanta ratones como gobernante de tipo nuevo.

De tipo nuevo, no hay que olvidarlo, para ese conferenciante nada más. La factura es detestable. Se olvidan

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

los conferenciantes de todos los países que hay capacidades para el gobierno de un país que no llegan con el ejercicio de funciones subordinadas. Es una mentira para épocas eleccionarias. Espantar ratones es cosa fácil. Lo tremendo es saber acabar con los ratones y con los felinos a la vez. Porque con los felinos no es posible entablar lucha cuando se ha contado con ellos para lograr el mando de una nación. Los felinos son las organizaciones que tienen la política en sus manos y la transforman como quieren. Engaño de los grandes es suponer ante el votante que el hombre que forma el tipo de gobernante nuevo tiene fuerzas para pasar de la persecución del menudillo roedor a la del corpulento felino.

Hablamos de todos nuestros países, pues el suceso eleccionario es idéntico en cada uno de ellos. Lo que radiodifunden las estaciones en épocas electorales es idéntico. Ahora proclaman el tipo de gobernante nuevo y está excluído en él toda capacidad llamada de estadista. Es decir, para establecer lo que llaman orden, para acabar con lo que Quevedo llama ratón en su agudo y hondo cuento, piden para el gobierno de los pueblos al gato cazador. Es natural que lo pidan, porque así se deslumbra con detalles mientras lo grueso, lo importante y trascendental queda invulnerable. Gatazos que salten sobre miniaturas que cortan bolsas y roen zapatos viejos. Así quieren que sea el gobierno de los pueblos aquellos que en fomentar cada día más las compañías extranjeras, rapaces y calculadoras, agotan sus fuerzas y capacidades.

Pero no nos dejemos cegar por el engaño o por el miedo. Cuando todas las posibilidades de que un país caiga en la regresión están atronando enfurecidas, debe ser más firme nuestro espíritu combativo. No ceder. No confiar estúpidamente en lo providencial para creer que el mal pasará sin daño para el país. Lo urgente es intensificar cada vez el combate. El mal está organizado y puede mucho. Si lo sabemos, si lo saben aquellos que quieren luchar y luchan sin acobardarse, no será posible encontrar a los miserables que repitan compungidos: "Vuelvan los ratones". Este grito de derrota y de imprevisión no lo dan los pueblos cuando están siempre en la lucha. Y a la lucha hay que acostumbrar a los pueblos. Las horas de salir precipitados estos males son las mejores para la batalla.

OCTAVIO JIMENEZ A.
Abogado y Notario
OFICINA:
50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.
Tel. 4184 — Apdo. 338

En memoria de Félix Lorenzo...

(Viene de la página 360)

grandes arañas recoge y trasmite un sorbo de luz, y entre todos ellos al descomponerla, nos dan de la luz, color a color, una verdad exacta.

3

Al aparecer el cuarto tomo de "Charlas al sol" tuvimos ocasión de escribir: "Es uno de esos ingeniosos itinerarios que en tiempos de opresión suele inventar la inteligencia para recorrer una zona histórica cuyo acceso se nos veda oficialmente. Es el libro del guerrillero espiritual, con sus "claves" sutiles — que se burlan del tosco aduanero que blande el lápiz rojo—, con sus zigzás mentales, con sus "ocultaciones" y contrabandos. El pensamiento tiene que adelgazarse mucho, hasta el punto de hacerse invisible al cruzar entre miopes. Los hechos dan la vuelta, presentan su costado ingenuo, candoroso, aunque lleven un petardo en la panza. Todo tiene que aligerarse de peso, escamotear sus planos más visibles, presentarse de perfil ante el huraño censor..."

Porque las "Charlas" de este libro comienzan en enero de 1930 y concluyen en marzo de 1931, pocos días antes de implantarse en España el nuevo régimen. Algo más de un año de historia política en sordina, diestramente anotada por nuestro gran amigo, buen conocedor de las artes de sugerir cuanto no es posible desembozar.

Algunas de las "Charlas" se recuerdan como una honda lección literaria y vital. Entre ellas, la "Defensa del lugar común", donde se nos recomienda "una discreta aversión" a la frase "consagrada", no su exterminio. ("Un periódico —dice "Heliófilo"— escrito sin lugares comunes sería ininteligible para la mayoría de los lectores. Sus ideas se harían antipáticas a ese lugar común que se llama el público. Las ideas más humildes y cordiales parecerían presumidas y afectadas si se pusieran todos los días traje nuevo.") Nunca faltó en las "Charlas" el grano de sal indispensable a todo fragmento literario que quiere ponerse al margen de la tirana actualidad, del inexorable tiempo, que arrincona inmediatamente cuanto no supo — bien organizándose — desafiar su prisa.

"Charlas al sol"— insistimos —componen un gran libro escrito en honor de la actualidad y para sobrepasarla".

Félix Lorenzo...

(Viene de la página 360)

biente, bajo el tono dialéctico de los periódicos, amanerado y enfático el estilo de quienes los redactaban. Las más ilustres plumas de aquel tiempo acababan por ceder a las facilidades que les brindaba el uso del lugar común y del período oratorio, y como por otra parte el público no se mostraba muy exigente, el resultado era el que hoy podemos comprobar hojeando aquellos viejos diarios, en cuyas planas grises naufragaron tantos ingenios dignos de mejor suerte. Es claro que algunos se salvaron, si bien a costa de ímprobos esfuerzos. Félix Lorenzo puede servir de alto ejemplo entre los que supieron vencer, a pesar de todo. Era fuerte. Tenía un temperamento extraordinario de escritor. Y además un amor tan férvido por la profesión periodística, que quiso triunfar precisamente en ella y por ella, dignificándola, al propio tiempo que él se formaba como perfecto modelo de lo que había de ser a la vuelta de pocos años: un periodista moderno. Un gran periodista a la europea. Que siempre ha sido la mejor manera de serlo también a la española en su casta más fina.

Ya en las columnas de "El Imparcial", adonde pasó desde "La Correspondencia de España", logró alzar, penacho flamígero, su cotidiano "Perfil del Día", antecedente preciso y precioso de las "Charlas al Sol", creación inolvidable del admirado y temido "Heliófilo".

Porque es aquí en "El Sol" donde Félix Lorenzo dió las máximas dimensiones de su personalidad literaria. Al cambiar totalmente el panorama y los medios de la prensa española con la aparición de "El Sol", la espléndida nave — "navío de la ilustración", diría Basterra; pero no siglo XVIII, sino ya bien siglo XX— que botaron al agua dos hombres a quienes, digámoslo de paso, no ha sabido hacer la República la justicia que se merecen, José Ortega y Gasset y Nicolás Urgoiti, el timonel de ella hubo de serlo, ¿quién si no?, el bravo nauta conocedor ya de tantos piélagos Félix Lorenzo. El humorismo de "Heliófilo", templado e inatacable por todos los ácidos de la censura, fué después en el septenio dictatorial un arma maravillosa al servicio de la revolución y de la República.

Bien lo sabían los gobernantes — de alguna manera hay que llamarlos — de entonces. Bien hubieran pagado al precio que hubiese sido la mudez de aquella pluma o al menos su tolerancia más o menos disimulada por cualquiera de los medios que otros escritores, sensibles a las dádivas o las amenazas del Poder, solían poner en práctica... Pero todo era inútil con Félix Lorenzo. El seguía su camino con la impavidez del que sólo concede importancia a una cosa y esta cosa no tiene necesidad de que se la dé nadie porque la lleva él en el cerebro y en el corazón desde que vino al mundo.

Después de todo, este mismo mundo no se portó mal con el hombre ni con el escritor. El hombre vivió como quiso. Organizó su vida con arreglo a sus convicciones y a sus sentimientos, y en la satisfacción de estos nobles objetos, que son los que valen de veras, fué siempre afortunado. El escritor, el periodista, logró su obra con una plenitud de la que son fruto magnífico, a más de las páginas salidas de su pluma, el mejor tono de nuestra prensa actual, un tono y una calidad que a él se deben en primer término.

Sean hoy estas reflexiones, en el segundo aniversario de la muerte de Félix Lorenzo, un homenaje rendido a su memoria.

Los primeros versos

de GERTRUDIS MONTALBAN

= Envío de la autora.—San José, Costa Rica, 1935 =

VERANO

Poblachito del ensueño
bañado alegre de sol;
colinitas levantadas
por la bendición de Dios;
corre el aire rumoroso,
cabe al río, saltarín,
y las hojas van cayendo
como lluvia del esplín.
Las carretas, paso lento
van subiendo la empinada;
de jugosa y dulce caña
por los tallos hacinada.
Y los bueyes mansos
siempre, en su pupila
retratan, el remanso
de la vida de este pueblo.
Cerros verdes, en la falda
de florcitas salpicadas
mientras pacen las vacadas
o sestean a los rayos
de ese sol que todo abrasa.
Por la noche, la tranquila
paz del alma. Sólo se oye
el lloriqueo de la chicharra
y el graznido de las aves
que anidan sobre las ramas.
Todo es sombra misteriosa:
las piedras que amontonadas
semejan vacas echadas
en el centro de los ríos,
mientras reciben airadas
el beso frío de las aguas,
que al chocar contra su mole
se retiran presurosas
en forma de albas guirnaldas
tejidas en cuento de hadas.
Todo canta o todo duerme
en este poblacho mío:
es el genio de la vida
concentrado en sus entrañas:
lento correr de la vida: el río.
El secreto de la vida?
Insondable! La montaña!

LA ABUELA

Mirada dulce de Nazareno
adorna el nácar de sus mejillas
y esconde siempre bajo su seno
su amor henchido de maravillas.
Sus manos dulces pasan las perlas
de ébano y vidrio de su rosario
y quién diría, como yo al verlas:
¿Son el objeto de algún glosario?
Y yo que siempre traviesa he sido
registro cofres, desato flores;
y de sus manos, poema vivido
la historia encuentro de sus amores.
Azul el príncipe de la leyenda
marcó en su pecho la dulce llama:
juntos corrieron sobre la senda
y cimentaron la fuerte rama.
Arboles troncos de recia hechura
dieron al Cielo sus ramazones:
Natura pródiga en la hermosura
unió virtudes y corazones.
Las cenicientas hebras, despojos
de lo que fueron sus negros hilos
son ya del tiempo sólo rastrojos
que a flores dieron suaves asilos.
La saltarina voz de la abuela
que ingenuo y bello cuento desliza,
semeja a veces la rapazuela
de porte amable y dulce sonrisa.
Allá en el fondo del viejo armario
que guarda intacta la dulce historia,
sólo ha quedado como un osario
el polvo vivo de la memoria.
Lazos celestes, rosadas flores
que hablan de citas y de emociones
sellan las cartas de los amores
que unir pudieron dos corazones.
Y hoy al mostrarlos, dos lagrimones
corrieron suaves por las mejillas;
recuerdos gratos, dulces canciones,
olor a lirios y a manzanillas.
Ya el hombre bueno, fiel compañero
que dióle vida y amor de cuna,
descansa inerte bajo el rastrero
tallo de hierba, blancor de luna.
¡Mis tiempos idos!, dice la abuela.
¡Cuánto lamento que se hayan ido!
mis días risueños de ir a la escuela!
¿Mi pobre viejo? ¡Jamás lo olvido!
La viejecita que es fuerte tallo
enjuga el llanto; tenue sonrisa
salta a sus labios y de soslayo
reprende al nieto por su malicia.
Pues ella ha visto que de su llanto
el niño ha reído mientras dijera:
"¿A un hombre extraño quisiste tanto?
¡Jesús me valga! ¿Quién lo creyera?

RESURRECCION

Arroyuelo serpentino de mi alma
que vendado recorres la vereda
de mi esperanza rota,
detén tu paso! préstame la calma
y refresca la rosa —enredadera
de mi vida, tristísima gaviota—
Remansos imborrables del recuerdo
dadme aliento! Haced que la añoranza
de los días de encanto en que me pierdo
recobre la dulzura de otros días. ¡Esperanza!
vestid mi corazón con la ternura
de humildad, como a mística violeta
que esconde su corola en la verdura.
Cristal como las aguas del diamante
y escondida en un manto de pureza,
retornaré a las manos del Altísimo
dejando en los zarzales, la aspereza
de mi vida de pobre caminante
que trocó en manantial su desventura.

DESTINO

Si fuésemos buenos, ¡oh Dios! ¡Qué belleza!
Te haría una corona bien blanca de azahar
orlando tu frente, tu sabia cabeza
con claro rocío, perlas congeladas
de tanto llorar.
Si él se arrepintiera y por cada agravio
que inferido hubiera en nuestra amistad
no hubiera una queja ni un leve resabio,
yo sería la esencia
de la caridad.
Si yo contristada de tantos errores
alzara la frente ante la gavilla
de los áureos rayos de tus resplandores,
crecería cual planta
de buena semilla.
Y si siempre juntos la vida llevamos
amando la Santa Voluntad Divina,
a tus pies rendidos, de paz entonamos
mística, alba y buena,
nívea sonatina.
Mas si acaso el hado, erecto destino,
con letras de lloro escribió al nacer
que para cada uno trazó su camino,
me ceñiré a un símbolo:
¡Sufrir es Mujer!

REPROCHE

¿Por qué si mutuamente nos odiamos
hasta inferirnos daño en nuestra vida,
nos empeñamos en abrir la herida
de imaginar que siempre nos amamos?

Acaso la tormenta de la duda,
el saber si mis sueños se agotaron,
olvidando el dolor, verdad desnuda,
te hacen volver a tiempos que pasaron!

¿Por qué pretendes reanimar la llama
que en nuestros pechos encendió la hoguera?
No es cierto que el peligro no se ama
si de la fe no existe la ceguera?

Convencidos estamos que juguetes
de la suerte implacable siempre fuimos,
sin embargo, a la prueba me sometes
y de ella triunfaremos si sufrimos.

En la ignorancia del vivir me hallaste;
apenas de la grada en la penumbra
como un reptil a ti me sujetaste
y mataste mi fe; ¡ya hoy no te alumbra!

Porque tornaste en áspid ponzoñoso
el vergel de mis caras ilusiones;
¿cómo quieres ser fuerte y victorioso
si mezquindad revisten tus razones?

¿Olvidas la humildad? ¿De dónde vienes?
Del polvo de los años, ¡Presumido!
Hoy triunfas y en tu vigor retienes
las victorias que acaso has conseguido.

Pero, ¿y mañana? ¿Para dónde iremos?
¿Excepción eres del presente mundo?
"Somos polvo y al polvo tornaremos"
gusanos putrefactos de lo inmundo.

Mas no, ¿qué digo? en mi delirio ciego
mezclo emociones que expresar no puedo,
para ti el corazón siento de fuego,
pero el perdón, jamás te lo concedo.

Cruda y tenaz en mi alma es la batalla
al contemplar mi templo destruido,
pero no importa, en mi interior estalla
la dulce floración de un nuevo nido.

In angello cum libello — Kempis.—
En un rinconcito, con un librito,
un buen cigarro y una copa de
Anís Imperial
suave - delicioso - sin igual
FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

Señales de los nuevos tiempos

Primera Exposición del Libro Hispanoamericano organizada por el "Grupo América"
Tendrá lugar el 10 de agosto de 1935.

= Envío del *Grupo América*. Casilla 75. Quito-Ecuador, S. A. =

Marzo 17 de 1935.

Al señor don Joaquín García Monge.
Director de **Repertorio Americano,**
San José de Costa Rica.

Señor:

En el anhelo de dar práctica realización a nuestros viejos ideales hispanoamericanistas, el Grupo América, al cumplirse los diez años de vida de la revista de su nombre, ha logrado organizar, con el apoyo del Gobierno del país, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, que se efectuará el 10 de agosto próximo, como puede verse por la copia del Decreto Ejecutivo que adjuntamos.

No se le ocultará a usted la trascendencia que tal acto entrañará para la cultura ecuatoriana y para nuestros propósitos de confraternidad continental. En esta virtud, exaltamos en usted sus sentimientos patrióticos y sus conocidas ejecutorias intelectuales, para demandar su valioso apoyo, a fin de que en su lugar de residencia y en la órbita que usted creyere conveniente, se sirva hacer conocer, por la prensa o por cualquier otro medio, la invitación contenida en el decreto en referencia, con el objeto de que los escritores, casas editoras, instituciones intelectuales, etc., aporten su contingente —mientras más intenso mejor— a la Exposición que tratamos de realizar.

Esperamos, pues, que esta noticia encuentre fervorosa acogida de su parte y que querrá ayudarnos decididamente en nuestra empresa, para lo cual nos es grato investir a usted con el nombramiento de Representante de la Exposición del Libro Hispanoamericano, a fin de que, por su seguro intermedio,—o directamente si así lo quisieren los expositores—se nos envíen las obras para dicho certamen cultural.

Sin más por ahora que ofrecer a usted nuestros sentimientos de amistad y consideración, y en espera de sus gratas noticias, tenemos la complacencia de suscribirnos de usted atentos y seguros servidores.

Por el *Grupo América,*

Hugo Moncayo

Por la *Revista,*

Antonio Montalvo

DECRETO Nº 119

J. M. VELASCO IBARRA,
Presidente Constitucional de la República,

CONSIDERANDO:

Que sólo el mutuo conocimiento de los pueblos que forman la unidad americana y su íntima vinculación espiritual, han de estructurar, sobre las comunes bases de sus orígenes étnicos e históricos, la anhelada conformación de la personalidad y la cultura de América;

Que, para la exacta realización de los ideales americanistas e hispanoamericanistas, es necesario fomentar y exaltar los sentimientos de confraternidad que ligan, entre sí, a nuestras nacionalidades, y, cultivar, asimismo, los lazos ancestrales que nos unen al mundo hispánico;

Que es obligación de los Poderes Públicos orientar y ayudar todo movimiento intelectual que trate de llevar a cabo los principios ideológicos que propugnan la práctica realización cultural de América, y aquellos que fomenten su conocimiento en los continentes civilizados;

Que la Revista AMERICA, órgano del Grupo del mismo nombre, de esta Capital, que desde hace muchos años viene efectuando en forma visible, los nobles ideales del hispanoamericanismo, labor aplaudida y reconocida en el Exterior, ha tenido la iniciativa de organizar la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, en la que se pondrán a prueba los sentimientos de solidaridad intercontinental y el grado de cultura hispanoamericana; y

Que dicha Exposición entraña un acto de verdadera trascendencia intelectual que hace honor al país;

DECRETA:

Artículo 1º—Realícese, el 10 de Agosto del presente año, en esta Capital, la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, a la que quedan invitados los escritores, instituciones culturales, casas editoras de América y España;

Art. 2º—Concédase, mediante el respectivo concurso, los premios pecuniarios, medallas, diplomas, etc., destinados por el Gobierno para tal objeto;

Art. 3º—Fúndese, bajo los auspicios del Ministerio de Educación Pública, con el acervo de las obras enviadas a la referida Exposición, la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos;

Art. 4º—Destínase, para la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, de la partida Nº 3231 del Presupuesto vigente del Estado la cantidad de ocho mil Sucres; y

Art. 5º—Encárguese de la ejecución del presente Decreto, los señores Ministros de Educación Pública, de Relaciones Exteriores y de Hacienda.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 7 de Marzo de 1935.

El Presidente de la República, (f.) **J. M. Velazco Ibarra.**

El Ministro de Obras Públicas, encargado del Despacho de Hacienda, (f.) **Jorge Montero Vela**

El Ministro de Educación Pública, (f.) **Franklin Tello**

El Ministro de Relaciones Exteriores, (f.) **Alejandro Ponce Borja**

Es copia. El Subsecretario de Educación Pública, **Oscar Efren Reyes**

PARA SUS REGALOS
y trabajos a perfección,
recuerde siempre
La Joyería de su Confianza
SCRIBA & GONZALEZ
Frente al Palacio Nacional

EL BUFALO
50 vs. al Sur de la cant'na "El Cometa", San José
Ordene sus trabajos a esta
ZAPATERIA
donde será bien atendido.
Especialidad en CALZADO FINO
PRECIOS BAJOS

TALLER
Eléctrico Mecánico
De Oscar Thompson
Reparación de
Cocinas y Transformadores
25 varas al Norte de la «Botica La Dolorosa»

Omar Khayam en...

(Viene de la página siguiente)

canta Burns ante la oronda botella. Sus agravios y resentimientos de empleado de Consumos se disipan ante la panza optimista. "Ergo bibamus".

O, thou, my Muse! Guid auld Scotch drink.

Un rojo pámpano de vid cae bien sobre las cuartetas de Omar, el de Naishpur. Sobre este volumen de Burns, es la hoja amarilla del septiembre madrileño la que ha querido rendirle homenaje.

GARAGE PEÑON
Teléfono 2061
Av. 10, al Oeste de El Pelayo—San José
En este taller reparamos totalmente su auto o camión, a dejarlo completamente nuevo, se lo pintamos con elegancia, le cambiamos el capote y le arreglamos el tapiz.
NUESTRO LEMA ES:
Buen trabajo y Precio módico

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Omar Khayam en Alloway

Por ADOLFO SALAZAR

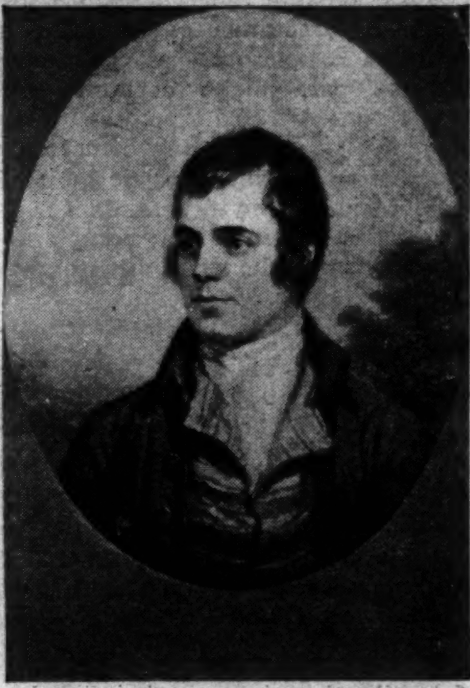
= De *El Sol*. Madrid =

Las primeras hojas de septiembre caen de los castaños del Prado, cuestecilla del Botánico arriba, sobre los tenderetes de los libreros de ocasión. Aun no ha desplegado el otoño sobre el Retiro su opulencia amarilla; pero una hoja enfermiza, color de limón o de un tono ocre paliducho, desprende limpiamente su pedúnculo de la varilla y se lanza en un vuelo oscilante, recortada como una estrella que un rayo oblicuo de sol convierte en patena dorada.

Blandamente, la hojuela se posa sobre un libro de un lujo decaído. Sobre su marroquí rojo han pasado las caricias de muchas manos. Libro de lectura reposada, de degustación lenta — escabel para la evocación, ventana abierta a paisajes lejanos—, necesitaba la almósfera de una intimidad afectiva. El aire crudo de los inviernos madrileños y los soles de nuestros agostos han maltratado la tersura del marroquí, en donde es ya difícil leer un nombre impreso en letras de oro: "Burns".

Las páginas, muy repasadas, han conocido fino esmero. Una caligrafía femenina dedica el libro "with best wishes"... Libros así son raros en la feria de Claudio Moyano. Quizá una viajera que en la soledad de su cuarto de hotel se cantaba quedito las melodías populares, el aire de las "ballads" a las que Burns ajustó sus breves poemas, y bajo las que ronronea una pedal de gaita escocesa o de "pibroch" highlander. El último día, el de la marcha precipitada, quedó olvidado en la mesilla bajo la pantallita de la lámpara. —Viejo amigo, amigo cordial de todos los tiempos: no te dejaré abandonado en hostil compañía. Vendrás a mi casa. Te encontrarás con otros hermanos tuyos; pero tú me ofrecerás un regalo insospechado cuando, abriéndote al azar, muestres en la página desacostumbrada un poema nunca leído.

Flor de lo popular, primor de la vida cotidiana, que es vulgar por el suceso, pero en la que toda vulgaridad desaparece ante la acción catalítica de la poesía. Si existe un poeta hijo del pueblo que haya escrito a la vez para ese pueblo de donde sale y para el refinado catador de los más volátiles espíritus de la poesía, es Burns seguramente. Poesía nacida en el alma popular, que en ella se vierte y aunque adopta un vestido campesino en su corte y en las telas de alegres estampados rurales, y que sin embargo, no es un arte popular ni menos todavía (fea es la palabra) folklórico. Del "lore" más viejo del "folk" escocés viene esa canción de Burns, cuyas burbujas de vino nuevo se escapan del vaso, en cuyo fondo queda una gota de



Roberto Burns

solera. "Auld Lang Syne". Pero Burns en persona, él, en cuerpo juvenil, está en perenne presencia, con su nariz afilada, sus vivos ojos pequeños, el rizo famoso sobre la oreja, la boca fina, que se aprieta en una sonrisa burlona; el alto cuello de terciopelo tras de la nuca rizosa y la espuma de la corbata, de una muselina desbordada.

Flor rural, guisante de olor o dondiego en la linde del bancal: Burns, el hijo del labriego, labrador él mismo, y aun con cierta jactancia para su buena mano en la esteva. El penetrante olor del heno que fermenta en el balaguero impregna sus vestidos. Y el vaho caliente del establo, donde él mismo encierra sus vacas al oscurecer, le obliga a abrir el ancho cuello de la camisa. Afuera, las vides rojas de septiembre comienzan a beber el rocío crepuscular. Fin de jornada. Hecho honradamente el sano, duro trabajo. Roberto Burns se apoya un instante en el quicio de la casa familiar, y su pecho juvenil respira profundamente. La galga favorita viene a lamerle las manos.

Burns canturrea. Tiene mal oído y peor voz; pero para una vieja canción, eso ¿qué importa? ¿De quién habla la vieja canción? ¿A qué "fair lassie" alude de entre las que él conoce, tan lindas, que el corazón se vuelve loco para elegir? Roberto las elegirá a todas, y todas las muchachas de Montgomery o de Alloway, de Mauchline, o las de las orillas del Nith, tendrán su canción, con un verso intencionado o su propio nombre tejido entre las notas de la balada.

Burns, el muchacho campesino, se hace poeta para cantar a las mozas, tan gentiles, de su rincón escocés. Y como todas sus canciones están ajustadas a un aire antiguo, de todos conocido, sus poemillas se cantan a coro por la noche en la posada caminera. Todos en el pueblo las cantan, y cuando llegan en la gigantesca diligencia los señorones abotagados, se admiran de que la "fair Jeannie" sea aquella doncella de mosón, que Bonny Mary o Pegy Alison estén en lindo cuerpo y alegre ánima entre ellos, ofreciéndoles la larga pipa, el "bock" de "stout" o el añejo Johnny Walker mientras que intentan entre grandes risas despojarlos de sus altas botazas.

Junto a las chicas, Burns alterna, puesto de limpio, lustrosos los rizos y bien escarolada la corbata. Y de los mozos, es el más alegre y el que mejor sabe aguar su "whisky", si es que no va gaznate abajo abrasando la sangre. La canción brota en todas las gargantas:

Gie him strong drink, until he wink
that's sinking in despair:
And liquor guid to fire his bluid
that's prest wi'grief and care.

Un desengañado Omar se había entrometido entre los alegres mozos escoceses y mezclaba en sus tragos la hiel de sus desventuras. Omar Khayam no canta sus cuartetas sobre el son tremolante de los laúdes persas, ni las rocía con un vino rojo mezclado de rosas. Este Omar, de la parroquia de Alloway, dos millas al suroeste de la villa de Ayr, es un empleado de Consumos que fué labrador cuando mozo y vendió su granja, y tuvo ganados y vendió sus ovejas y sus vacas, trocándolas por la poesía. Canciones que había compuesto para festejar a las muchachas y que en seguida dieron la vuelta por Inglaterra entera, a pesar de su dialecto escocés. Un poeta cuyas amadas tenían el tacto poco amable de regalarle dos gemelos cada año. Poeta juvenil que no supo quebrar su vaso y que dejó a la vida, rencorosa, que deslizase en él un poso amargo.

Creen grow the rashes. O!

Burns, envejecido en plena juventud, trueca su sonrisa por un rictus áspero. Ya no canta a las mozas de Inverness ni a los valientes de Killiecrankie. Es a Duncan Forbes de Culloden a quien canta. Duncan Forbes de Culloden, que hizo popular el nombre de Ferintosh, su baronía, en donde se destilaba el "whisky" más aromático que ha salido de granos de cebada escocesa. Famosa bebida, que dió gloria a su país:

I sing the juice Scotch beare can mak us,

(*Pasa a la página anterior*)

Imprenta «LA TRIBUNA»